



SOY EL NÚMERO CUATRO
LOS ARCHIVOS PERDIDOS #7
LEGADOS DE CINCO
PITTACUS LORE

2

SINOPSIS

Descubre el verdadero origen del traidor Número Cinco.

Antes de aliarse con los mogadorianos, antes de infiltrarse en la garde, antes de cometer la última traición, Cinco se ocultaba igual que los demás. Pero cuando su cêpan muere, Cinco se ve obligado a sobrevivir por las suyas.

Ansioso de por fin experimentar el mundo del que se ha mantenido alejado, pronto se ve involucrado con el tipo equivocado de gente: los mogadorianos.

En los Legados de Cinco, entérate de cómo una de las últimas esperanzas para la supervivencia de Lorien, se convierte en uno de sus adversarios más peligrosos.

CAPÍTULO

UNO

Traducido por Pamee

—Los mogs están aquí.

Abro los ojos de golpe cuando me enderezo, esperando que esa oración solo sea parte de una pesadilla.

Pero no es así.

—Están aquí —vuelve a susurrar Rey mientras cruza nuestra pequeña choza hacia donde estoy acostado sobre un camastro de mantas.

Me pongo de pie en segundos. La linterna de energía solar de Rey oscila frente a mi cara y me ciega. Cuando me hago hacia atrás, él la apaga y nos deja en completa oscuridad. Mientras me empuja a la parte trasera de nuestro hogar, todo lo que puedo distinguir es una línea de luz plateada que se asoma por la ventana.

—Sal por atrás. —Su voz está cargada de urgencia y miedo—. Yo los retendré. Vamos, vamos, vamos.

Estiro la mano hacia donde se encontraba hace unos momentos, pero no encuentro nada, solo aire. Tampoco puedo ver nada; sigo encandilado por la luz de la linterna.

—Rey...

—No —me interrumpe desde algún punto en la oscuridad—. Si no te vas ahora, *ambos* moriremos.

Se escucha un estrépito cerca de la puerta de la choza, seguido por el sonido de algo, o alguien, al chocar contra la puerta frontal.

Rey suelta un grito adolorido, pero el interior de la choza sigue siendo un abismo negro ante mis ojos. Sé que hay una barra de metal sobre la puerta que no va a soportar mucha fuerza. Si alguien *de verdad* quisiera entrar a nuestra choza, simplemente podría atravesar las delgadas paredes de madera. Y si son los mogs...

No hay tiempo para pensar, solo para reaccionar. Es a *mí* a quien buscan, tengo que ponerme a salvo.

Arranco la tela que sirve como cortina improvisada y me lanzo por la ventanita. Aterrizo con un golpe en un charco de siete centímetros de lodo, desperdicios y cosas que ni siquiera quiero imaginar; estoy en el corral de los cerdos.

Un solo pensamiento me cruza la mente: «Voy a morir a los trece años cubierto en mierda de cerdo en una isla en medio de la nada».

La vida es tan injusta.

Los cerdos chillan porque les interrumpí el sueño, pero eso me devuelve al presente. Antiguos regímenes de entrenamiento y lecciones de años anteriores se apoderan de mi cerebro y comienzo a moverme otra vez, observando mis flancos para asegurarme de que no haya mogs que ya hayan salido por la parte de atrás la choza. Comienzo a pensar cuál podría ser su plan de acción. Si los mogs de verdad *supieran* que estoy en una isla, ya estaría rodeado. No, debe ser un explorador solitario que se topó con nosotros por accidente. Tal vez tuvo tiempo para informar de la situación a los otros, tal vez no. Cualquiera sea el caso, tengo que salir de la línea de fuego. Rey se hará cargo del explorador, estará bien. Al menos eso es lo que me digo, prefiriendo ignorar lo frágil que ha parecido Rey últimamente.

Tiene que estar bien. Siempre está bien.

Me dirijo a la selva detrás de nuestra choza. Mis pies descalzos se hunden en la arena, como si la isla intentara hacerme más lento. Solo estoy vestido con unos pantalones cortos deportivos, por lo que las ramas y arbustos me arañan el pecho y el estómago desnudos cuando me pongo a cubierto entre los árboles. Ya he hecho esto antes; una vez, en Canadá. En ese entonces, los abrigos y unos bolsos me enlentecieron, pero habíamos tenido más aviso. Ahora, en una noche calurosa en el Caribe, lo único que me agobia es mi falta de resistencia.

Mientras atravieso la densa vegetación, pienso en todas las mañanas que debía trotar por el borde de la playa o caminar por el bosque, pero que, *en realidad*, pasaba jugando solitario u holgazaneando. Hacía lo que quería hacer, como dibujar caricaturas en la arena o inventar historias contadas por figuras de palitos. Rey siempre ha dicho que no debería escribir, que podrían encontrar cualquier diario o notas que escriba y utilizarlas para probar quién soy. Pero escribir y dibujar en la arena es temporal. Cuando subía la marea, mis historias desaparecían. Incluso dibujar me hacía sudar un montón con este maldito clima, y entonces volvía con Rey y fingía estar exhausto; él hacía un comentario del tiempo de mi corrida imaginaria y me daba un rico almuerzo como recompensa. Rey es un capataz cuando se trata de distribuir tareas, pero tiene mal los pulmones y siempre confió en que entrenaba todo lo que me decía. No tenía razón para desconfiar, no tenía razón para pensar que no tomaba nuestra situación en serio.

No solo evitaba entrenar para no tener que matarme trabajando al calor, sino porque odiaba esa monotonía: «correr, levantamiento, estiramiento, repetir» todos los días. Además, vivimos en medio de la nada. Nuestra isla ni siquiera está en los mapas. Nunca pensé que los mogs nos encontrarían.

Ahora temo que sea una forma de castigarme.

Jadeo al correr. Estoy completamente desprevenido para este ataque. Esas mañanas holgazaneando en la playa harán que me maten.

No tardo mucho en sentir un pinchazo en el costado. Me duele tanto, que creo que es posible que un órgano interno me haya explotado. Estoy sin aliento, y parece que el aire húmedo intenta asfixiarme. Me aferro a las ramas bajas y medio me arrastro a través del follaje verde; rozo ramas caídas y conchas afiladas como navajas con las plantas de los pies. En minutos, el dosel en lo alto es tan denso, que solo se filtran rayitos de luna. La selva ha dado lugar a un denso bosque tropical.

«Estoy solo en la oscuridad, en un bosque tropical, con monstruos alienígenas persiguiéndome».

Me detengo jadeando y me presiono el costado. Nuestra isla es pequeña, pero quizá solo he recorrido una quinta parte. Al otro lado de la isla me espera un kayak escondido, con provisiones de comida y un kit de primeros auxilios. La embarcación es mi última oportunidad de escape; me permitirá deslizarme en la oscuridad de la noche y desaparecer en el océano. Pero parece tan lejano ahora que mis pulmones luchan por oxígeno y me sangran los pies. Me inclino contra un árbol en un intento por recuperar el aliento. Algo se escabulle por el bosque a unos metros de mí y doy un salto, pero solo es un lagarto verde de los que infestan la isla. Aun así, mi corazón palpita con fuerza y estoy mareado.

«Los mogadorianos están aquí. Voy a morir».

No puedo imaginar qué está haciendo Rey en la choza. ¿Cuántos mogs son? ¿Cuántos puede vencer? Espero tener razón y que solo sea un explorador. Me doy cuenta de que no he oído disparos. ¿Es una buena señal o significa que los bastardos lo alcanzaron antes de que fuera capaz de disparar una ronda?

«Sigue», me digo a mí mismo y sigo corriendo. Me arden las pantorrillas y siento que los pulmones me van a explotar cada vez que inhalo. Me tropiezo, caigo al suelo y pierdo el poco aliento que tenía.

En algún lugar detrás de mí, oigo movimiento en los árboles.

Miro alrededor. Sin una vista clara del cielo, ya ni siquiera sé en qué dirección voy. Estoy completamente jodido. Tengo que hacer algo.

Abandono el plan de cruzar la isla. No estoy en forma para hacerlo. Por un momento, pienso en excavar en la maleza para tal vez encontrar algo en lo que esconderme hasta que pueda seguir avanzando por el bosque; pero entonces pienso en todas las arañas del tamaño de un puño y en las hormigas y serpientes que podrían

estar esperándome. También me imagino a un explorador mogadoriano tropezando conmigo por casualidad.

Así que en cambio, sigo avanzando. Hago uso de cada gramo de fuerza que poseo y uso unas vides robustas para escalar a una rama baja de un árbol cercano. Solo puedo pensar en lo que me dijo Rey, que los mogadorianos dominan muchos tipos diferentes de bestias y cada una querría hacerme pedazos.

¿Por qué no tenemos bestias gigantes que luchen por *nosotros*?

Para cuando logro sentarme en la rama me tiemblan los brazos, y la madera cruje por mi peso mientras miro hacia la oscuridad, esperando con todas mis ganas que nada emerja de allí, que solo pueda esperar a que esto acabe.

Que solo se vayan.

No sabría decir cuánto tiempo pasa. Si hubiera estado más recompuesto o si no me hubieran tomado por sorpresa, podría haber recordado traer mi reloj cuando salí por la ventana. Es extraño, siempre pareció que el tiempo no tenía importancia en la isla, y ahora lo es todo. ¿Cuántos minutos hasta que lleguen más mogs? ¿Cuántos segundos hasta que me encuentren? Intento no temblar y no vomitar; entre el escape, el miedo y el hedor húmedo de cerdo que se aferra a mí como un grueso abrigo de lodo, estoy al borde del vómito. Tal vez al menos la apestosa capa de mierda me ayudará con el camuflaje.

No es el mejor lado positivo.

Finalmente, una silueta comienza a tomar forma en la oscuridad. Me apego más al árbol. La figura es de tamaño humano, tal vez un poco encorvada, ya que se apoya en un bastón mientras avanza a la tenue luz de la luna. Usa una camisa azul de lino, pantalones caquis y deportivas que debieron haber sido blancas en algún momento. Tiene una barba blanca veteada de negro, y su cabello salvaje es casi plateado.

Lo reconozco de inmediato, por supuesto: es Rey.

Sostiene algo contra sí, envuelto en un trozo de tela. Comienzo a llamarlo, pero ya me está mirando fijamente, con labios temblorosos, como si estuviera luchando con la urgencia de gritar. Solo se queda allí, el silencio cuelga en el aire entre nosotros. Al final, yo lo interrumpo.

—¿Y? ¿Lo acabaste?

Rey no responde de inmediato, solo aparta la mirada para mirar al suelo.

—¿Qué olvidaste? —Su voz suena algo inquieta.

—¿Qué? —pregunto, jadeando.

Lanza su paquete al suelo. Parte de la tela se abre y distingo una esquina familiar.

—¿El cofre? —pregunto. Mi cofre *loriense*, lo más sagrado que poseo. El tesoro que no tengo permitido ver, el contenedor en el que supuestamente se encuentra mi herencia y las herramientas para reconstruir mi planeta de origen. Y ni siquiera puedo echar un vistazo a su interior hasta que Rey crea que estoy listo, lo que sea que eso significa.

—El cofre —asiente Rey.

Me bajo del árbol y medio caigo al suelo.

—Deberíamos irnos, ¿verdad? —pregunto. No puedo dejar de hablar. Se me enreda la lengua al intentar decir un millón de cosas a la vez—. ¿No tienes armas o comida? ¿Dónde vamos ahora? ¿No deberíamos...?

—Tu cofre es lo segundo más importante que tienes que proteger, después de tu propia vida. Fue estúpido dejarlo. La próxima vez, tu prioridad será protegerlo.

—¿Qué estás...?

—Lograste entrar ocho cientos metros en el bosque —dice, ignorándome. Alza la voz, apenas puede contener la ira—. No quería creerlo, pero supongo que esta es la prueba. No has estado entrenando, me has estado mintiendo. Todos los días.

—Rey...

—Aunque ya lo sabía. —Ahora parece triste—. Lo sabía solo con mirarte.

La mente me va a mil por hora, intentando averiguar por qué seguimos aquí. ¿Por qué le preocupa mi entrenamiento cuando podría haber una flota completa de mogs en camino? A menos que...

—No hay mogs aquí —digo en voz baja.

Rey solo sacude la cabeza y mira el suelo.

Era una prueba. No, peor que eso: era una trampa de Rey para atraparme en mis mentiras. Y aunque sí, técnicamente he sido menos que honesto sobre mi régimen de entrenamiento, no puedo creer que Rey me haya asustado así.

—¿Estás bromeando? —A diferencia de Rey, no puedo evitar que la furia me ensombrezca la voz—. Corrí por mi vida. Pensé que iba a *morir*.

—La muerte es la menor de tus preocupaciones por ahora —contesta, señalando mi tobillo. Bajo la capa de lodo y mierda hay una fea marca roja que apareció hace unos días. Una marca ahora cubierta de costras que pronto se convertirá en una cicatriz. Esa marca, gracias a un hechizo sobrenatural, me muestra que otro de mis compañeros garde ha sido asesinado. Dos está muerto. Tres y Cuatro son lo único que se interpone entre la muerte y yo.

Soy Número Cinco.

De repente me siento estúpido por pensar que estaba a punto de morir. Obviamente no era así. Número Tres y Número Cuatro tienen que morir antes que yo. *Debería* haberme preocupado que me capturaran y me torturaran en busca de información... no es que Rey me cuente algo de lo que pasa.

Y entonces me doy cuenta de qué trata todo esto. Desde que apareció la cicatriz, es como si algo dentro de Rey hubiera hecho clic. Se ha puesto más enfermo en los últimos años, y no soy ni tan fuerte como cree que debería ser. No he desarrollado ninguno de los poderes mágicos que debería tener. Ninguno de los dos puede hacer frente a una pelea, por eso estamos ocultándonos en esta isla estúpida.

Rey ha estado mirado el suelo, pero al final alza la vista para mirarme por largo rato. Luego asiente hacia el cofre.

—Llévalo de vuelta —dice, se adentra en la oscuridad arrastrando los pies y me deja mirando la bolsa de lona que contiene mi cofre a la escasa luz de la luna.

No estábamos bajo ataque, era solo una prueba.

No voy a morir en la isla. Al menos, no esta noche.

Levanto mi cofre y lo aprieto contra mí; las esquinas se me clavan en el estómago. Miro hacia la oscuridad en la que desapareció Rey, y en este momento, solo una emoción me llena. No es miedo, ni alivio, ni siquiera es vergüenza de que me hayan descubierto. Es el sentimiento de que la única persona que tengo en este mundo, me traicionó.

CAPÍTULO DOS

Traducido por Pamee

Sale el sol mientras me lavo en el océano y pienso en Canadá, el primer lugar donde recuerdo haber vivido en la Tierra.

De verdad me gustó Canadá.

En Canadá comimos tartas de mantequilla y papas fritas cubiertas de salsa de queso espesa y grumosa, servidas en carritos al costado de carreteras. Incluso cuando era verano, no hacía mucho calor. Aprendí un poco de francés. A Rey no le gustaba el frío, pero a mí sí. Él era Albert en Canadá, nombre que yo había escogido después de haber visto Alberta en un mapa y pensando que lo hacía sonar más local. Solía referirse a sí mismo como «el viejo Al» cuando hablaba con camareros o cajeros. Siempre pensé que era gracioso que le bajara el nivel a su personalidad y fingiera ser mi abuelo en momentos como ese y utilizara palabras como «mocososo», que había escuchado en la tele. Nadie cuestionaba al amable abuelo con su nieto.

Yo era Cody entonces. Me gustaba ser Cody, porque era una persona, no solo Cinco. De noche, Rey me contaba sobre Lorien, los mogadorianos y los otros garde: mis espíritus afines diseminados alrededor del mundo, y que algún día causaríamos el glorioso retorno de nuestro planeta origen. En ese entonces, todo parecía un cuento de hadas. Todos los extraterrestres, poderes y otros mundos solo eran historias para que hiciera mis tareas. ¿No ordenaste? Lorien no tendría salvación. ¿Olvidaste cepillarte los dientes? Los mogs te atraparían, sin duda.

Y entonces llegaron.

Habíamos estado viviendo en Montreal seis meses, tal vez un año, cuando Rey descubrió que nos habían encontrado; todavía no sé cómo. Todo lo que sé es que de repente corría por los bosques detrás de nuestra cabañita mientras unos mogadorianos me perseguían. Tenía seis años y estaba aterrorizado. Al final me había escondido en un árbol. Pensé que ya no tenía salida, hasta que Rey apareció y liquidó a los mogs con una pala rota y una escopeta que había comprado en el mercado negro. Siempre ha sido bueno con las herramientas.

—Albert —yo había dicho desde el árbol. Siempre nos llamábamos por nuestros nombres falsos, por si había alguien escuchando—. ¿Ya se han ido?

—Albert está muerto —había dicho Rey. Sabía lo que quería decir, aunque fuera muy pequeño. Lo sentí en las tripas. Significa que no estábamos a salvo, que no nos podíamos quedar ahí, en ese lugar que me gustaba tanto.

Así que nos pusimos en movimiento y no paramos por mucho tiempo.

Rey fue Aaron después de eso, seguido de Andy, Jeffrey y luego James. Yo fui Zach, Carson y luego Bolt, que fue el último nombre que pude escoger antes de que Rey empezara a hacerlo por mí. Tal vez me olvidó de algunos, parece haber pasado hace tanto tiempo. Sé que era Carson cuando aparecieron las primeras toses de Rey, junto con los huecos oscuros bajo los ojos. Acampábamos en los Apalaches. Pensé que el frío lo estaba enfermando, así que nos fuimos más al sur y atravesamos los Estados Unidos hacia el clima más cálido. Más tarde, después de algunos viajes en bote bastante inseguros que Rey pudo organizar, acampamos en Martinica, donde nos quedamos por un rato. Pero la tos de Rey solo empeoró. Me decía una y otra vez que se sentía mejor, pero en cierto punto dejé de creerle. Siempre fui yo el buen mentiroso.

De niño, pensaba en las mentiras como historias o juegos. A veces la gente con la que nos encontrábamos hacía preguntas como «¿Dónde están tus papás?» «¿Dónde naciste?» y yo solo empezaba a hablar y creaba historias elaboradas para ocultarnos a Rey y a mí.

El tener secretos significa que mientes un montón; no porque seas malvado o una mala persona, sino por necesidad. De hecho, Rey me *entrenaba* para que mintiera sobre todas esas caminatas y corridas mañaneras. Hago nota mental para decírselo después.

A veces me pregunto si Rey está loco. Es decir, ¿qué pasaría si solo es un anciano loco que me robó de mi hogar normal y todas estas tonteras de extraterrestres son inventadas? Tal vez me dio drogas o me lavó el cerebro para que tuviera recuerdos falsos de un lugar que es imposible que exista. Toda mi vida he oído de Lorien, pero la única prueba verdadera que tengo son unos tipos de aspecto extraño que me persiguieron en Canadá. Bueno, eso y dos cicatrices que aparecieron por arte de magia en mi tobillo, y un cofre que se supone contiene todo tipo de tesoros. Un cofre que no se abre sin importar cuánto lo intentes. Lo sé porque durante estos años lo he intentado un millón de veces para averiguar qué contiene. El tesoro de Lorien, claro. Nos ha servido bastante en el medio de la nada.

Pero no me molesta la playa. O sea, entiendo por qué la gente va a la playa de vacaciones. Cuando llegamos al Caribe nos apegamos a los resorts más poblados, vivíamos justo en el borde. Observábamos llegar a los turistas todos los años como un desfile de colores brillantes con sus ropas de playa recién comprada, mientras sorbían tragos de cocos gigantes y piñas que no eran nativas de las islas (no es que ellos

supieran). Pero cuando Uno murió, cuando se formó la primera cicatriz en mi tobillo, Rey se volvió loco. Yo tenía nueve años, fue como si el último hilo que lo mantenía bajo control se hubiera cortado y entró en modo supervivencia completo. No más gente. Viviríamos fuera del radar. Así que liquidó las pocas posesiones que teníamos, compró provisiones y un velero, y nos fuimos para encontrar el lugar más desierto y alejado de la mano de Dios que pudo. Adiós a los restaurantes y al aire acondicionado. No más televisión, videojuegos o duchas de agua caliente. Solo una playa y una cabaña. No sé qué acuerdo debe haber hecho Rey para encontrar esta isla, pero le reconoceré una cosa: debe estar muy bien escondida.

Pocas veces al año llegan personas por error a la isla, pero Rey siempre se deshace de ellos con rapidez.

Y ahí es donde estoy ahora: lavándome en el océano. Una nube oscura se forma alrededor de mi cuerpo y en el agua limpia de la orilla a medida que me restriego la mierda de cerdo. Eso es lo que le aguarda el futuro al gran Número Cinco, una de las siete personas más importantes que quedan en el planeta.

No es justo.

Recuerdo ver en el cable películas antiguas de kung fu justo antes de venir aquí. Los personajes principales siempre iban a la cima de montañas para entrenar con maestros ancianos que les enseñaban a tirar estrellas ninja y matar personas con palillos y cosas así. Cuando Uno murió y Rey nos trasladó a la isla, me dijo que ya no era el abuelo que había fingido ser, sino mi maestro; yo sería su discípulo. Me sentí emocionado en ese momento. Pesé que iba a vivir en una de esas películas antiguas o algo así. Al principio *sí* entrené. Rey todavía podía caminar y moverse bien en aquel entonces, así que practicamos movimientos rudimentarios de artes marciales. Pero pronto comenzó a dormir la mayor parte del día y a confiar en que yo hiciera todo lo que me decía.

La vida en la isla no se parece en nada a esas películas antiguas. En las películas, al estudiante solo le tomaba un montaje de cinco minutos convertirse en maestro. En la isla, el entrenamiento era brutal, interminable y, sobre todo, monótono.

Solía soñar que me encontraban, que los garde se aparecerían un día y me dirían que me habían estado buscando y que me iban a llevar a su casita del árbol espacial, o algo así. Pero por todo lo que sé, a los otros garde no les importo para nada.

—*¡Cinco!* —me llama Rey desde la orilla. Aquí, donde no hay nadie, no tiene sentido fingir ser alguien que no somos.

—¿Qué? —le respondo a gritos, aún enojado por lo de esta mañana.

—Ven aquí —me dice.

Alzo la vista y lo veo haciéndome gestos desde la choza. En lugar de escucharlo, caigo hacia atrás y floto en el agua cálida mientras el sol sube más en el horizonte.

—Cinco, ven... —pero su grito se ve interrumpido por un ataque de tos.

Por alguna razón, eso solo aumenta mi molestia. Soy uno de los nueve garde, la última esperanza de Lorien, ¿y a *ése* enviaron para protegerme? Con toda su magia y poderes, ¿*él* fue lo mejor que pudieron encontrar para mantenerme a salvo? Un sistema de numeración mágico y un *cêpan* enfermo para cuidarme.

Muchas gracias.

Una idea terrible surge en mi mente, e incluso aunque trato de ignorarla, sigue ahí, tentándome, provocando que me odie a mí mismo no solo por pensarlo, sino también por pensar que puede ser verdad: el Rey que se suponía me protegería murió hace mucho tiempo, antes de enfermarse, cuando seguíamos en Canadá con el aire frío y la comida caliente. Cuando yo era solo un niño.

Odio esta sensación, la amargura que a veces sube a la superficie cuando estoy molesto con Rey. No es su culpa estar enfermo, lo sé. Pero él es la única persona con la que puedo enfadarme.

La tos continúa y yo cedo. Me dirijo a la orilla, con los dedos de los pies enterrándose en la arena. Me sacudo el cabello castaño e intento secarlo. Ha pasado un largo tiempo desde que tuve un corte de pelo decente, por lo que ahora tengo el cabello largo y apelmazado contra el cuello. Recojo un coco que se cayó de una palmera mientras paso junto a él. Podemos abrirlo y comernos la pulpa al desayuno, si es que me dan desayuno. No tengo duda de que Rey me pateará el trasero y probablemente me enviará al bosque a vivir solo unos días para enseñarme una lección sobre mentir.

Cuando llego junto a él, ya respira con normalidad.

—No deberías salir —le digo—. Deberías estar descansando.

Él me ignora y me extiende un hacha de mano. Tras él puedo oír a los cerdos chillando como locos por algo; suenan asustados.

Este es el toma y daca de nuestra relación: ninguno de los dos hace lo que el otro le dice que debería hacer.

—¿Para qué es esto? —le pregunto, dudando si aceptarla. Probablemente me va a obligar a cortar leña o algo para compensar lo de esta mañana. Estoy seguro de que *también* le gustaría oír una disculpa, pero esperaré hasta no estar furioso por lo de «digámosle a Cinco que llegaron los alienígenas a matarlo».

—Para protegernos —contesta Rey, acercándose más el hacha—. Te he consentido por demasiado tiempo y ahora temo que sea demasiado tarde.

Hago una mueca, me pongo el coco bajo el brazo y acepto el hacha. Los cerdos siguen vueltos locos en el corral.

—¿Qué pasa? —pregunto con calma. De repente tengo miedo de que me haga matar a uno de los cerdos. Quiero decir, no tengo problema en comérmelos, pero no quiero matar uno. Rey asiente hacia el corral. Los cerdos corren y resoplan como locos. Si pudieran gritar, asumo que sería lo que hacen ahora. Y entonces veo por qué: es su forma de decirnos que algo se ha infiltrado en su hogar, que el peligro ha llegado hasta ellos.

Al otro lado del corral se encuentra algo enrollado y largo, lleno de escamas y músculos. Una víbora, una cabeza de lanza. Unos seres repugnantes con el hábito de hacer nidos demasiado cerca a los humanos. Una vez, en Martinica, vi a un chico de trece años más o menos (mi edad ahora) al que llevaban en una tabla al hospital: sufría por la mordida de una cabeza de lanza. Bueno, puede que decir que «sufría» no sea la expresión adecuada, porque estaba inconsciente y la mitad inferior de su pierna izquierda, desde la rodilla al pie, era un desastre verde negruzco, como si lo hubiera mordido un zombi o algo. No necesité más lección para ser cuidadoso cuando veía algo que se arrastraba por el suelo cuando caminaba por el bosque.

Esta no es la primera que haya visto en la isla, pero por lo general Rey se hace cargo de las que se acercan demasiado a nosotros.

—Mátala —dice Rey.

Miro la serpiente enrollada. Lo último que quiero es acercarme a ella. No es que sea cobarde, es solo que no quiero perder un miembro. Y algo más: nunca he matado nada más grande que una araña o uno de esos mosquitos gigantes que aquí son plaga.

—¿Por qué?

—Tienes que hacerlo —contesta Rey—. Si no lo haces, matará a uno de los cerdos, o a nosotros. De cualquier forma, nos causaría más problemas de los necesarios.

—No... no puedo hacerlo. Quiero decir... —Pero no tengo ningún argumento real. Abro los dedos y el hacha cae a la playa arenosa. El coco cae junto a ella, y entonces me doy cuenta de que estoy temblando—. Hazlo tú.

Rey murmura algo.

—Se supone que tú eres mi protector —le discuto, intentando guardar las apariencias—. O sea, ese es *tu trabajo*, ¿no?

—Mi *trabajo* es prepararte para lo que viene —dice Rey y recoge la herramienta del suelo con rapidez castigadora—. Si no puedes matar una simple serpiente, ¿qué vas a hacer si los mogs te descubren y te encuentras frente al verdadero enemigo? ¿Ah? ¿Uno que pueda pensar y comprenderte, uno que ha sido *entrenado* para eliminarte?

¿Qué vas a hacer cuando *solo* estés tú y nadie...? —Su diatriba queda interrumpida por otro ataque de tos y entierra la cara en la manga andrajosa de su camisa azul de lino. Cuando por fin se detiene, escupe sangre al suelo.

Sangre.

Habla con lentitud, más para sí que para mí.

—Tal vez debería haber pasado más tiempo enseñándote a luchar en lugar de a esconderte. Pensé que podría esconderte hasta que fueras más fuerte, pero fallé al asegurarme de que te desarrollarías como debías. Estaba demasiado débil. Los otros garde... probablemente ya tienen sus primeros legados y son expertos en todo tipo de armas y técnicas de combate.

—«Escóndete bien, y nunca tendrás que luchar» —recito, imitando una de sus lecciones favoritas. Ahora lo intento alegrar, pero sigo pensando en que tosió sangre. Eso es malo, es lo que siempre pasa en las películas unas escenas antes de que muera el personaje.

Lo ignoro y sigo hablando.

—Podemos volver a comenzar el entrenamiento de combate. Lo haré, lo prometo, y me haré bueno.

Rey no responde, solo asiente un poco y se da la vuelta. Los cerdos chillan más fuerte. La víbora se alza, lista para atacar, una advertencia para los animales y humanos a su alrededor. Su cuerpo se mece ligeramente en el aire, como una S encogida.

—Temo que te he fallado como *cêpan* —dice Rey. Extiende una mano y me aprieta el hombro una vez. Sonríe, pero es una expresión algo triste y lejana. ¿Desde cuándo se ve tan viejo?

Rey se gira y lanza el hacha con un movimiento de brazo. Atraviesa al aire girando de forma horizontal. El hacha le da a la serpiente unos centímetros bajo la cabeza y entonces se incrusta a un lado de nuestra choza. Los cerdos se dispersan al lado más lejano del corral mientras el cuerpo de la serpiente se retuerce frenéticamente por el suelo al agotar sus nervios el último gramo de energía.

Rey sigue caminando, encorvado y arrastrando los pies.

No respondo al comentario de Rey, porque no creo que lo espere. Repito en mi mente lo que dijo antes, de que los otros garde probablemente están mucho más avanzados que yo. Mucho más preparados para el futuro.

Me siento como una decepción.

Pero claro, parte de eso es su culpa también, ¿verdad? No solo mía. No es mi culpa.

La choza es el último lugar en el que quiero estar ahora mismo, con él. Tampoco quiero estar cerca de la víbora muerta en nuestro patio, así que recojo el coco y me llevo una sombrilla inclinada contra la choza y me dirijo hacia la playa, hacia donde terminan los árboles y solo hay arena y agua azul cristalina. Me siento cerca de la marea, entierro el paraguas gigante en la arena junto a mí y lo abro. Me quemo con facilidad, incluso después de años de vivir en el trópico. No estoy hecho para este tipo de ambiente. «Debería estar en otro lugar».

Rey parece haber decidido que si estamos fuera de vista, escondidos, nunca tendremos que luchar. Lo que es bueno, si considero que ninguno de nosotros podría resistir contra los mogs. Lo que significa que no nos podemos ir. Estoy atascado aquí, con Rey, los cerdos y el bosque lleno de serpientes y arañas letales y Dios sabe qué más.

Cavo agujeros en la arena con los talones, hundo los dedos de los pies para enfriarlos y miro las dos cicatrices en mi tobillo.

Sé que Rey tiene razón. Si aparecieran los mogs, estaría indefenso. Tendría que confiar en él para que me defendiera. Soy un garde fracasado con un cêpan frágil. No puedo evitar pensar, nuevamente, que Lorien me timó en todo esto. No creo que los ancianos lo hayan planeado así.

En el bolsillo de mis pantalones cortos encuentro una pelota de goma roja que he tenido desde siempre, de las que te ganas por un centavo en las máquinas de juguetes en tiendas de servicio. La dejo rodar por el dorso de mi mano, por mis nudillos y luego entre mis dedos, una y otra vez. Una pequeña habilidad de manos. «No debería estar aquí». El pensamiento flota en mi cabeza otra vez. Miro hacia el pequeño velero atado a un poste en la playa. Sería tan fácil subirme, soltar amarras y flotar hacia la civilización más cercana. Martinica no está muy lejos, si recuerdo bien. Tienen restaurantes, duchas con agua caliente y carnavales. Ferias callejeras con juegos y todos los tipos de comida que pudieras desear. No muy lejos.

«Sería tan fácil».

Miro el coco fijamente mientras me frustro más y más por el estado de mi vida. Hago un puño la mano derecha, temblando.

Me atraviesa un golpe de energía, algo que nunca había sentido y los vellos de la nuca se me ponen de punta.

El coco explota.

Por un segundo, me quedo aturdido; entonces me miro las manos.

«¿Yo hice eso?»

CAPÍTULO

TRES

Traducido por Pamee

Mi poder tiene nombre: telequinesis. Es el primero de mis legados, de mis dones especiales. Lo sé porque Rey me dijo hace años que este día llegaría. Casi había dejado de creerle, pero ya aparecieron. Siento la energía mientras atraviesa mis venas. Siento el *poder*. Se siente bien.

Con un solo trozo de fruta explotada, de súbito tengo una perspectiva renovada de la vida. Veo un futuro que no incluye esta isla. Si puedo mover cosas con la mente, puedo eliminar enemigos, derrotar ejércitos completos. La gente me admirará, tal vez incluso me temerán. Y Rey nunca me volverá a mirar como si lo hubiera decepcionado, sabrá que no me ha fallado como *cêpan*.

No le cuento sobre el coco o sobre mi habilidad recién descubierta. Lo deajo en secreto y practico en mi tiempo libre. Me volveré bueno en esto y luego le mostraré lo capaz que soy al arrancar un árbol y destrozar la choza, o algo, algo para probarle que ya no necesitamos estar en la isla, que estoy listo para salir de aquí y volver al mundo real porque *seré* capaz de luchar contra los mogs si se aparecen. Estoy tan cansado de este sol y humedad malditos, de esta isla. Le demostraré y nos iremos a otro lugar.

Comienzo con cocos porque son ligeros y fáciles de agrietar, y los desgarró con mi poder. Deajo que los más verdes floten sobre mi boca y bebo el agua dulce que tienen dentro. Luego, los catapulto al océano, donde atraviesan volando el aire y se mezclan con el cielo antes de salpicar en el agua salada del horizonte.

Lo malo es que Rey está mejorando en eso de asegurarse de que de verdad *estoy* corriendo los kilómetros que debería. Ha comenzado a aparecer en lugares al azar alrededor de la isla, con cronómetro en mano para asegurarse de que estoy trotando... o al menos caminando muy rápido. Afortunadamente, parece agotarlo, porque pasa el resto del día durmiendo la siesta, momento perfecto para pulir mi nuevo súper poder.

Paso de los cocos a rocas y troncos caídos. Al borde contrario de la isla a nuestra choza, recojo un trozo enorme de madera flotante en la orilla, solo con fuerza de voluntad. Al principio me cuesta un poco manejar los objetos más grandes y pesados, pero estoy mejorando, trabajando mis músculos telequinéticos. Es lo mejor que me he sentido en meses.

El día que decido contarle a Rey sobre mis poderes, unas nubes negras empiezan a llegar desde el mar. Reconozco lo que significan: se acerca la temporada húmeda, y no habrá nada más que lluvia durante los meses siguientes. Me detengo a mitad de camino en mi trote matutino y practico mi poder un poco más. Encuentro un tronco en el suelo y lanzo cocos al aire, intentando batearlos al mar como una versión gigante de baseball. No sé cuánto tiempo me quedo ahí intentando hasta que por fin logro golpear uno de los cocos. No es el *home run* que he estado imaginado (el coco y la rama se rompen y me salpican de madera y leche de coco), pero la destrucción es increíblemente satisfactoria.

Solo entonces me doy cuenta de que el sol está más alto en el cielo de lo que esperaba, y me pregunto cuánto tiempo he estado aquí. Tengo la cara quemada por el sol, siento la picazón mientras me dirijo de vuelta a la choza. Me ruge el estómago. Espero que Rey ya haya preparado el almuerzo.

Veo su cabello blanco primero, porque prácticamente brilla a la luz del sol. Se encuentra bocabajo en la arena, justo en la otra curva de la orilla.

Se me detiene el corazón.

Grito su nombre una y otra vez mientras corro hacia él hasta que me arde la garganta. «No» pienso mientras corro. Y «mierda». Esas dos palabras se me repiten en la mente a medida que me acerco, intentando averiguar cómo llegó ahí y si se está moviendo.

Prácticamente me deslizo junto a él en la arena y levanto una nube de polvo a nuestro alrededor. Le doy la vuelta, tiene arena pegada a un lado del rostro.

—¡Rey! Rey, despierta. Rey, ¿puedes oírme?

Su pecho se mueve, pero apenas. Dejo de hablar lo suficiente para oír su respiración, que se oye húmeda y superficial. Me pregunto cuánto ha estado aquí, por qué está tan lejos de la choza, para comenzar... pero es obvio: intentaba asegurarse de que estaba entrenando. O intentaba averiguar por qué tardaba tanto. Me estaba buscando.

Es mi culpa que esté así.

Es demasiado pesado para levantarlo con mi cuerpo, pero puedo levantarlo con mi legado. Troto junto a él mientras su cuerpo vuela por el aire gracias a mi telequinesis.

«Estaría tan orgulloso si pudiera ver lo que estoy haciendo ahora mismo. Si solo despertara».

He pasado los últimos días perfeccionando mi poder y pensando en que podría sobrevivir lo que fuera ahora que ha surgido mi primer legado, pero si Rey muere, no sé qué haré. Cada vez que he pensado en abandonarlo o en huir solo de la isla,

siempre he sabido en el fondo que no hay forma de que pueda hacerlo. Incluso enfermo y frágil, Rey es lo único que tengo en el mundo, en este planeta que técnicamente ni siquiera es mi hogar.

Para cuando llegamos a la choza, estoy frenético. En el interior no hay mucho. Dormimos en esteras rodeadas con mallas, pero su estera está elevada como una cama de verdad. Lo bajo y corro de un lado a otro, pensando en qué hacer para ayudar. Hay unos barriles con agua. Lleno una taza y se la llevo, pero obviamente no está despierto para beber. Le salpico un poco en la cara, pero me asusta demasiado que le suba por la nariz hasta los pulmones como para verterle la taza entera encima.

No se mueve para nada, así que saco una silla y espero, mirándolo fijamente, deseando que abra los ojos y me reprenda por tardarme demasiado con la corrida. Luego, prepararemos el almuerzo y le mostraré que puedo levantar tres troncos y hacer malabarismos con cocos solo al pensarlo, y él se sentirá feliz.

Pasa una eternidad hasta que dice mi nombre. Lo dice en tono áspero, tan suave que si no hubiera estado sentado en una silla junto a él con los ojos pegados a su rostro, no me habría dado cuenta.

—Cinco —dice Rey otra vez y luego tose en una de sus mantas.

—Espera —le digo, levantándome de un salto. Encuentro la linterna y la enciendo, luego relleno la taza de agua y se la llevo. Él la aleja.

—Te estaba buscando —dice. Su voz es débil. Solo parece medio coherente, como si le estuviera hablando a alguien que está muy lejos.

—Lo sé.

—Quiero que me pongas atención —me pide, y sacudo la cabeza. Tiene que beber agua y descansar. Escucharé la reprimenda más tarde.

—Tendré todo el tiempo del mundo para ponerte atención cuando estés mejor. No tengo nada que hacer aquí, excepto escucharte.

Sus ojos me ven, pero al mismo tiempo ven a través de mí, como si estuviera luchando por centrarse en mi rostro.

—Los garde siguen ocultos —dice con suavidad, ignorando lo que le dije—. Si los buscan, te expondrás a los mogs. Estarás más seguro aquí, solo, hasta que seas más fuerte.

—Rey, está bien. Todo estará bien. Mira, tengo que mostrarte lo que puedo hacer ahora.

Él sacude la cabeza una vez e incluso con lo débil que está, hace que deje de moverme y lo escuche. Su expresión es tan solemne que no puedo hacer nada, salvo oír lo que tiene que decir.

—Mi trabajo era protegerte —continúa—. Sé que no te he enseñado todo lo que debía, pero... lo intenté. Intenté hacer mi mejor esfuerzo, pero mi cuerpo no era compatible con este mundo.

—No —susurro.

Por fin cala el hecho de que este podría ser el final.

Hay algo tan antinatural en pensar que podría despertar en la mañana y que Rey no esté ni en el bote, ni al otro lado de la isla, ni en ninguna parte. Para siempre. Probablemente podría contar con una mano las veces que no supe dónde estaba exactamente. Su ausencia es inconcebible, no cuadra.

De repente pienso en todas las veces que deseé otro cêpan o huir de la isla, y me odio a mí mismo. Comienzo a llorar y las lágrimas saladas gotean al suelo.

Rey comienza a jadear, yo me pongo de pie y la silla cae al suelo. Me siento tan inútil al mirarlo.

—Dime, ¿qué puedo hacer para ayudarte?

El jadeo se convierte en un ataque de tos que parece no terminar nunca. Un hilillo de sangre mana de su boca

—¿Qué hago? —repito—. ¿Qué hago?

Por fin habla, esta vez en un susurro tan bajo que tengo que arrodillarme junto a él para oírlo.

—Sigue vivo —me dice.

Sus ojos parecen más lúcidos ahora. Extiende una mano y me aprieta el antebrazo.

—Cinco, no sigas a los lorienses a la guerra a menos que estés listo. Confía en tus instintos. —Inhala otra vez, profunda y erráticamente—. Cuando llegue el momento, confía en ti mismo. Eres el futuro, haz lo que sea para sobrevivir.

Su respiración resuena otra vez y se detiene.

Y entonces nada. Su pecho no se eleva. No abre los ojos. Todo está silencioso e inmóvil.

El silencio es lo peor que he escuchado.

—¿Rey? —pregunto suavemente, luego más fuerte cuando no responde, esperando que solo sea porque no me oyó.

Nada.

Está muerto.

Mi cerebro se inunda de todas las veces que le desobedecí o lo maldije, incluso si solo lo hiciera en mi mente. Estoy lleno de arrepentimiento.

«Estoy solo».

Salgo corriendo, es lo único que puedo hacer. Apenas me doy cuenta de la lluvia que me golpea, señalando el comienzo de la temporada húmeda. Mi cuerpo tiembla, aunque la lluvia es cálida. Esta isla diminuta de repente parece enorme y llena de peligros.

Los pensamientos aleatorios siguen anegando mi cerebro: «Tendrás que hacer algo con su cuerpo. Nunca supo lo poderosa que se ha vuelto tu telequinesis. Todas las tareas que él había hecho en esta isla ahora son tuyas...» Caigo de rodillas.

Se oye un trueno distante y los cerdos chillan.

Todo es demasiado.

«Solo, excepto por un montón de cerdos». Me cuesta un momento recuperar el aliento mientras estoy de rodillas, inclinado sobre la arena húmeda. Mis ojos se posan sobre la cicatriz enrojecida en mi tobillo. Dos símbolos. Casi me río.

Éramos nueve y ahora solo somos siete, y somos los que se supone derrotaremos a los mogadorianos, un ejército completo de alienígenas. Nos enviaron a la Tierra con protectores frágiles y nos distribuyeron alrededor del globo, ¿con la esperanza de qué? ¿De que al menos uno de nosotros sobreviviera?

La lluvia me aporrea. Siento que la cabeza me va a explotar, como si algo fuera a estallar dentro de mí. Grito desde un lugar profundo en mi interior. Las dos palmeras más cercanas a mí se astillan por la mitad bajo el poder de mi legado.

CAPÍTULO

CUATRO

Traducido por Pamee

Entierro a Rey en el bosque.

Quería enviarlo al mar, ponerlo en el velero y empujarlo. Recuerdo haberlo visto en una película sobre vikingos, y Rey me enseñó lo básico sobre navegar, pero temí que las corrientes pudieran empujarlo de vuelta a la playa, que yo despertara una mañana y encontrar su cuerpo arrastrado a la orilla, con los ojos picoteados por las gaviotas y el cuerpo reseco como tasajo¹. No podría verlo. Enterrarlo parecía la única solución; no podía dejarlo expuesto a los elementos para que los lagartos lo picotearan. Así que busqué un lugar sin muchos árboles, arranqué algunos arbustos y me puse a cavar.

Cavar su tumba fue uno de los trabajos más duros que he hecho en mucho tiempo. Bajo otra circunstancia, bromearía al decir que Rey rió al último al lograr que por fin haga algo de trabajo duro, pero lo extraño demasiado para eso.

La lluvia no cesa. Por cada palada de barro que saco, el doble inunda el agujero en ríos de lodo. Sin darme cuenta, comienzo a perforar la tierra con mi poder recién descubierto, y el lodo me cubren el cuerpo y el rostro. Uso la telequinesis para excavar el resto del agujero y alejar el lodo.

Y entonces, una vez que su cuerpo está en el fondo, dejo que el lodo, la arena, la tierra y el agua caigan sobre él.

Su cuerpo queda cubierto casi de inmediato.

Se ha ido.

Sigo adelante, solo en mi isla y soporto la temporada húmeda. Rey me ha enseñado bien cómo sobrevivir de la tierra, aunque nunca me di cuenta de que lo hacía. Sé qué plantas comer y cómo mantener seca la choza en el interior, mientras el cielo continúa vertiendo lluvia día tras día. Sigo corriendo y entrenando mucho más en comparación a cuando Rey estaba vivo.

Sigo pensando que alguien va a aparecer. Si las muertes de la garde se demuestran como quemaduras en mi pierna, ¿pasa lo mismo con los cêpan? ¿La marca de Rey aparecerá en el guardián loriense que cuida a Tres o a Cuatro? ¿Me vendrá a buscar a alguno para decirme qué debería hacer a continuación?

Pero nadie aparece.

¹ En América Latina se conoce como charqui.

Y, después de semanas (tal vez incluso meses) de esperar que pase algo, sé lo que tengo que hacer. Rey me dijo que permaneciera en la isla hasta que fuera más fuerte, pero él no sabía sobre mi poder y *soy* más fuerte ahora. Además, también me dijo que sobreviviera y, si voy a hacerlo, tengo que irme. Si me quedo, me volveré loco.

Técnicamente puedo hacer lo que quiera. Soy libre, nadie me está buscando, estoy solo. Puedo ir a donde quiera.

«Martinica». Es la última isla en la que estuvimos y me gustó. Además, está cerca o al menos *parecía* estar cerca cuando navegamos hasta aquí.

En un día en que por fin deja de llover, actúo. Vacío la mochila de Rey y la lleno de provisiones. La llevo al velero junto a todos los cocos que puedo encontrar y varias cantimploras con agua. Una vez que esté en la isla grande... bueno, tendré bastante tiempo en el mar para planear qué hacer después. Tal vez intente localizar a la garde. Tal vez busque una forma de regresar a Canadá y a esa casa que me gustaba tanto cuando era pequeño.

Lanzo mi morral y mi cofre loriense al bote. También me llevo el gran sombrero de paja de Rey para protegerme del sol. El bote no tiene cubierta inferior, así que estaré expuesto al sol en todo momento. Lo último que hago es quebrar la cerca del corral de los cerdos con una sola explosión de poder telequinético.

«Estarán bien —me digo a mí mismo mientras los cercos cruzan de mala gana la madera quebrada y se van a la playa—. Se darán un festín con todos esos lagartos que corren por ahí».

Me toma algunos intentos alzar las dos velas del botecito, y me toma mucho más leer el mapa marino que encuentro a bordo. No aparece señalado el lugar donde creo que se encuentra nuestra islita, pero estoy seguro de que Rey siempre dijo que estábamos al este de Martinica. Encuentro una brújula y un telescopio en el cajón también; todo lo que podría necesitar un marinero aficionado.

Quiero irme de inmediato, pero tengo que esperar la marea alta y eso significa que tengo que esperar sentado y considerar mi decisión hasta el atardecer. Eventualmente, el océano llega hasta el bote y uso mi poder para adentrarme al agua. Luego ajusto las velas en la dirección a la que tengo que ir. Para cuando establezco el curso ya está casi completamente oscuro y la luna y las estrellas quedan ocultas detrás de las nubes. Apenas puedo ver nuestra isla cuando giro para verla una última vez. Me despido, aunque sé que no hay nadie para verme.

—Adiós, Rey.

El bote y yo nos adentramos navegando en la noche.

Despierto confundido, inseguro de dónde estoy al principio. Tuve la intención de quedarme despierto toda la noche porque supuse que no tardaría tanto en llegar a Martinica, pero después de trabajar con las velas y usar tanto mi legado, debo haberme quedado dormido apoyado contra el banquito de madera.

El sol de la mañana me alumbra. Pronto me freirá la piel sin piedad. El bote oscila. Me pongo de rodillas esperando ver tierra... pero no hay nada, solo un mundo de océano azul hasta donde alcanza la vista. Intento permanecer en calma, pero el pánico hace que el corazón me aporree contra las costillas.

En un parpadeo tengo el mapa extendido en la cubierta. Voy en dirección este, hacia donde sale el sol, lo que significa que sigo en la dirección correcta, pero aún no he llegado a Martinica. No voy tan rápido como creía... o pasé la isla en la noche.

Me doy cuenta de que es probable que estuviera equivocado y que nuestra isleta no estuviera donde creía. Podría estar en cualquier parte. Podría no haber nada hasta llegar a África.

África.

Entro en pánico. No hay forma de que llegue hasta África. No puedo creer que Rey no tuviera algún tipo de GPS. O tal vez tenía uno del que yo no tenía idea, uno que sigue en casa, en la choza en la playa... un lugar que suena mucho más atrayente que anoche. Miro fijamente el mapa durante mucho tiempo mientras mastico algo de carne seca que traje. Al final, saco la brújula y establezco curso al norte, noroeste. Al menos de esa forma daré con alguna isla, ¿verdad?

Después de buscar en vano un atisbo de tierra con el telescopio, me recuesto en la cubierta y saco la pelota roja de goma del bolsillo de mis pantalones cortos. Me la paso por los nudillos y busco un juego de cartas en el morral.

«Todo va a estar bien —me digo a mí mismo mientras barajo las cartas y las extendiendo—. Mantente ocupado, o te volverás loco antes de llegar a tierra».



«¿Qué es toda esta basura inservible?»

Es el cuarto día en el bote cuando descubro que puedo abrir mi cofre loriense. Rey siempre dijo que lo teníamos que abrir juntos, y no se me había ocurrido intentarlo ahora que ya no está. Un montón de objetos de apariencia inútil brillan al sol. Había esperado que mágicamente hubiera un sistema para filtrar agua esperándome, pero al parecer ya no tengo suerte, algo preocupante, porque ya no me quedan cocos y las demás provisiones ya parecen peligrosamente escasas. Parece que el cofre está lleno de baratijas que encuentras en las tiendas de todo a un dólar. Mis dedos rozan un objeto

negro y pequeño con forma de flauta. Reviso unas cosas más hasta que saco un guante largo. Me lo pongo y me llega hasta el antebrazo. Cuando flexiono la muñeca, aparece una espada y queda a un par de centímetros de apuñalarme el ojo. La espada mide casi treinta centímetros de largo, pero estoy demasiado cansado como para encogerme siquiera.

«Genial. Si no quiero morir de deshidratación, al menos tengo esto».

Tiemblo ante la idea.

Todos los objetos son inútiles, o al menos así lo creo, porque ninguno viene con manual de uso. Vuelvo a guardar todo, excepto el guante-espada. Puedo practicar con eso, por si acaso. El cofre vuelve a mi morral y trago el último contenedor de agua. Luego uso mi telequinesis para empujar el bote más lejos y más rápido por el agua, con toda la esperanza de ir en la dirección correcta.

Apuesto a que los otros garde tienen cosas mejores en sus cofres, o que tienen a sus cêpan para explicarle qué se supone que tienen que hacer con ellas.

Me he preguntado muchas veces cómo son los otros garde, qué están haciendo, si sus cêpan los mantienen ocultos del mundo en los rincones más alejados del globo. Pero, por primera vez, me pregunto si soy el único que falta, si es posible que los otros garde estén todos juntos en alguna parte, luchando y entrenando y preguntándose dónde estoy. ¿Les importa, siquiera? ¿Acaso Rey me mantuvo escondido porque temía que me precipitaran a luchar?, ¿para asegurarse de que siguiera con vida?

Todo lo que tengo son preguntas y la única respuesta que recibo es el sol ardiente. Siento la lengua hinchada y áspera. No he orinado en largo tiempo, lo que supongo es una muy mala señal. Ya ni siquiera sudo; es de noche, pero debería estar sudando.

Y tanto que hablé de hacerme solo al mundo...



Mi séptima noche en el mar es la noche en qué sé que moriré. Tanto, Cinco. Solo te tomó una semana joderla completamente al desobedecer la última voluntad de Rey. ¿Puedo morir, siquiera? Rey me dijo que el hechizo especial me protegería de la muerte mientras el garde anterior a mí estuviera vivo, que solo había que temer a la *captura*, pero... ¿significa que también funciona contra la inanición, la deshidratación y la exposición a los elementos? Porque no quiero ser una especie de momia seca medio viva que aparece arrastrada por el mar en las cosas de Cuba en un mes más.

Tengo los labios agrietados y despellejados, pero tengo la lengua demasiado seca como para humedecérmelos. Apenas me puedo mover, me siento tan cansado, pero acerco más el morral, y paso los brazos por las correas para sostenerlo contra mí.

Siento el cofre loriense en el interior. Me duele el cuerpo entero y apenas puedo mantener los ojos abiertos.

Se produce un extraño cosquilleo en mi pecho y me pregunto si es algún tipo de repiqueteo fúnebre, si esto es lo que sintió Rey justo antes de morir. Se hace más fuerte hasta que mi cuerpo completo se siente vivo, en llamas.

«Así que esto es morir. Y se suponía que el hechizo me protegía».

Cierro los ojos y aprieto más el bolso contra mí. Me pregunto si mi símbolo aparecerá quemado en las piernas de los otros garde aunque muera fuera de orden.

Me rehúso a que mi último pensamiento sea «Aunque muera fuera de orden».

Entreabro los ojos y me quedo sin aliento. No estoy en el bote. El bote sigue ahí, pero a varios metros por debajo de mí. Estoy flotando hacia el cielo despejado, con la bolsa aún abrazada al pecho. Por un momento me pregunto si todos los garde salen disparados hacia el espacio cuando mueren. Tal vez esto es parte del plan estúpido que me obligó a vivir en medio de la nada con mi cêpan enfermo.

Arrugo los labios agrietados cuando digo mis últimas palabras:

—Jódete, Lorien.

Y entonces salgo disparado hacia delante, con el viento azotándome la cara.

Estoy volando.

CAPÍTULO

CINCO

Traducido por Pamee

No sé cómo lo hago, o de dónde saco la energía, pero salgo disparado por el aire. Lo siento diferente a mi telequinesis, como si viniera desde algún lugar en mi interior. Siento que estoy en el algún tipo de trance mientras atravieso las nubes; solo me centro en buscar un lugar donde aterrizar que no sea agua. No parece pasar demasiado tiempo cuando por fin veo tierra. Me imagino ahí, y como por arte de magia comienzo a bajar, hasta que reboto en la playa y formo una pequeña zanja de arena.

Estoy demasiado exhausto para reaccionar como se debe al hecho de que hace poco estaba *volando* por el aire. Solo puedo preguntarme dónde estoy y tener la esperanza de que nadie me haya visto.

No tengo tanta suerte.

Una corredora llega a mi lado antes de que pueda salir de la pequeña fosa que creó mi cuerpo en la arena.

—Mierda, ¿qué pas...?

Debo lucir horrible, porque cuando ella me mira bien se detiene a mitad de oración.

—Agua —pido con un graznido; pareciera que tengo la garganta llena de arena.

La corredora saca una botella de su cinturón de entrenamiento y me la pasa. Me derramo el agua en la boca y apenas me detengo para saborearla. Me arden los ojos, que también tengo secos, pero el agua sigue llegando, así que sigo tragando.

—Tranquilo, tranquilo —dice la mujer—. Hay bastante.

Miro alrededor con cautela. Estoy en una playa, pero no una que reconozca. Está amaneciendo, o a punto... apenas hay luz. Me da vueltas la cabeza.

—¿Dónde estoy? —Esto no se parece a ningún lugar que recuerde de Martinica.

—Lummus Park —responde la mujer. Parece cada vez menos preocupada por mí y más confundida. Sus ojos se siguen dirigiendo al mar, hacia la dirección por la que aparecí.

—No, ¿qué isla es esta?

Arruga el rostro.

—Es South Beach, Miami,

«¿Miami?»

—¿Dónde vives? —me pregunta la mujer—. ¿Hubo un accidente? ¿Pido ayuda? Cómo... quiero decir, me pareció que *volabas*.

Me apresuro a sacudir la cabeza.

—No hubo accidente —digo entre tragos—. Sin ayuda. No llames a nadie.

Unas pocas personas se reúnen a nuestro alrededor. La gente comienza a preguntar si pasa algo. Después de tragar toda el agua, comienzo a ponerme de pie, pero me tiemblan las piernas.

—No, no, no —dice la mujer—. Quédate ahí, tienes que tomar más agua.

La mujer alza la vista hacia las personas reunidas a nuestro alrededor y alguien le ofrece una botella llena de un líquido verde brillante.

—Perfecto —dice, pasándome la botella—. Bébetelo. Te hará bien y te ayudará con tus electrolitos.

Dudo solo un segundo antes de darle tragos al dulce líquido. El corazón me comienza a golpetear como si hubiera estado detenido todo este tiempo.

Algo parpadea en mi mente y miro alrededor. Sigo utilizando el guante con la espada enfundada, pero no veo nada más en la playa.

—Mi bolso... —digo, comenzando a perder el control. El cofre puede no haber contenido nada útil, pero Rey hablaba de él como si fuera la última esperanza de Lorien... además de mí y el resto de la garde, claro. No puedo perderlo, es lo único que me queda.

A unos metros veo que un tipo recoge mi morral, que abre las solapas de lona y comienza a sacar el cofre loriense.

—¡Oye! —grito lo más alto que puedo.

Antes de que pensar en lo que estoy haciendo, extiendo la mano y siento una chispa de energía telequinética. El bolso y el cofre salen volando de la mano del hombre y caen en las mías. Él se queda aturdido, pero para los demás parece que él me los lanzó. Los sujeto contra mi torso.

Alguien me toma una fotografía con su teléfono.

—Oye —dice la mujer junto a mí con voz de molesta y se pone de pie—. ¿Qué intentas hacer, hombre? A este niño obviamente le ha pasado algo, ¿y tú quieres tomarle fotos?

—Pensé que podríamos necesitar fotos si es que va a hacer una historia —contesta el fotógrafo—. Si ese «algo» es grande, tenemos que documentarlo.

Comienzan a discutir, yo me pongo de pie y me pongo a correr.

—¡Oye! —grita alguien a mí espalda (la mujer, probablemente), pero no me doy vuelta a mirar, solo bajo la cabeza y me dirijo en línea recta hacia los árboles y arbustos más cercanos, lo que sea que me ofrezca cubierta. Siento las piernas de gelatina y el corazón me palpita como loco, pero sigo corriendo hasta que ya no puedo oír a nadie.

Ha pasado tanto tiempo desde que había estado en una civilización de verdad, que casi había olvidado cómo moverme. Me aferro a mi bolso y lo hago todo mal: casi choco con unas personas mientras corro mirando por sobre un hombro. Capto trozos de maldiciones mientras paso:

—Cuidado, pedazo de...

—... maldito punk. Debería...

—¿...demonios piensas que haces...?

Pero los ignoro a todos y sigo corriendo, súbitamente desesperado por alejarme de todas las personas y el resto del mundo.

Llego a otro parque, todo césped exuberante y palmeras, con algunas hileras de arbustos; hacia allí me dirijo.

Está saliendo el sol y la gente ya comienza a llenar la playa a unos cien metros, pero me acurruco entre los arbustos hasta que estoy lo más oculto posible. Me duele el cuerpo, me arden los labios agrietados, pero al menos ya he bebido algo de agua.

La voz de Rey me resuena en la mente como una especie de fantasma burlón. Sé exactamente lo que diría: «Esto es lo que querías, ¿verdad? Ya no estás en nuestra islita, conseguiste lo que querías. Bienvenido al mundo real».

Gimo, no tengo fuerzas para más. Entonces cierro los ojos y me deslizo a la oscuridad.

29



Cuando despierto, el sol comienza a ocultarse. He dormido el día entero, pero estoy mejor. Sigo débil al ponerme de pie, pero no siento que vaya a colapsar de inmediato. Lo que siento es hambre, tanta hambre que siento calambres en el estómago cuando pienso en comida. Tengo que encontrar algo que comer.

Hago un rápido inventario de todo lo que tengo: camiseta sucia de lino, pantalones cortos, sandalias a punto de romperse y un morral que contiene un cofre extraterrestre. No es mucho, pero también tengo poderes telequinéticos.

Y vuelo.

Me pregunto brevemente si el vuelo tiene algo que ver con mi telequinesis o si es algo diferente. Estoy ansioso por intentarlo otra vez, pero se me retuerce el estómago y sé que no haré nada a menos que coma algo. Encuentro una fuente de agua en el parque y bebo hasta que siento que estoy a punto de explotar, pero no ayuda mucho con los dolores de hambre.

No muy lejos se ven edificios y luces, así que me dirijo en esa dirección. Si hay luces, probablemente hay gente, y si hay gente, probablemente hay comida. No mucho

tiempo después, un olor dulce me invade la nariz. Huele a comida que recuerdo haber comido en un carnaval del Caribe antes de que saliéramos del radar. Sigo la esencia unas cuadras; los edificios se hacen cada vez más grandes y las luces más brillantes, así que me apego a las sombras lo mejor que puedo. La gente pasa junto a mí, pero no me prestan atención. De hecho, pareciera que evitan mirarme a propósito... probablemente porque parezco un vagabundo, y lo último que quieren es que hablar con un muchacho indigente les arruine la noche.

Perfecto.

Y entonces lo encuentro: una feria callejera, carnaval o como quiera que se llamen en Miami. La calle está cerrada y plagada de gente, pero lo más importante es que está lleno de carros de comida y puestecitos que venden lo que parecen ser crepes, burritos y tacos.

Pareciera que toda la sangre que tengo en el cuerpo se me va a la cabeza. Gente. En todas partes. Después de tanto tiempo en esa islita solitaria, me intimida ver tal multitud.

«Cálmate —me digo a mí mismo—. Un paso a la vez».

Me siento en unos escalones que dan a otro parquecito (como si no hubieran hecho suficientes en la ciudad) y considero mis opciones. Podría usar mi poder para hacer flotar un taco hasta mí, pero los puestos son pequeños y vigilan la comida. Además, Rey siempre fue nuestro cocinero, así que no conozco ni la mitad de las cosas que hay por aquí. Me doy cuenta de lo poco preparado que estoy para volver al mundo real. Debería haberlo planeado mejor. Pensé que aparecería en Martinica con un bote, algo que *intercambiar*. No tengo dinero, ni siquiera un centavo, solo mi cofre.

Y mis legados.

Siento un retorcijón en el estómago nuevamente y me doy cuenta de lo que tendré que hacer: robar. Utilizaré mi telequinesis para robar algo de dinero de alguien allí abajo. En un rincón de la mente escucho una alarma «¡Es un abuso de tu legado!», pero la ignoro. Me estoy *muriendo de hambre*, me preocuparé de devolvérselo a la gente más tarde.

Examino la multitud. Hay un grupo de gente de pie en las cercanías; tienen buena vestimenta, usan trajes, vestidos y zapatos lustrosos. Definitivamente parece que se pueden dar el lujo de perder unos cuantos dólares. Me toma varios intentos (las primeras veces que tironeo de sus billeteras, se palpan el bolsillo trasero para asegurarse de que siguen ahí), pero al final logro sacar una cartera de cuero y rápidamente la lanzo a los arbustos.

No me muevo de inmediato, pero cuento desde cien mientras observo si el tipo se da cuenta de que su cartera ha desaparecido.

Casi como si estuviera sincronizado, mi estómago hace un horrible sonido de borboteo cuando llego a «uno».

Camino casualmente hasta los arbustos y recojo la billetera del hombre: está llena de efectivo. Sonrío, me echo los billetes al bolsillo y me encamino hacia los carritos de comida.

Me detengo en el primero que veo. Es algún tipo de comida cubana, y termino con un sándwich grasiento de carne de cerdo y queso que me gotea en las manos cuando le doy un mordisco. Es lo mejor que he probado. Cuando me lo acabo, continúo con los tacos y luego con helado. Me lleno el estómago con rapidez, pero avanzo y sigo comiendo.

Llevo la mitad del helado cuando me doy cuenta de que alguien me está vigilando.

Un policía.

Me alejo caminando casualmente, y él me sigue a cierta distancia, no tan casual. Miro sobre un hombro lo suficiente para verlo escribir algo en su teléfono, sin despegar los ojos de mí. Es posible que piense que significo problemas basado en que parezco un indigente, pero también es posible que después de haber huido de la playa esta mañana, quien quiera que me haya tomado la fotografía haya informado de mí a la policía.

No puedo confiarme.

Me encamino a una calle lateral. Una vez que doblo la esquina, comienzo a correr. Lo último que necesito es que un oficial me interrogue, informe sobre mí o peor, que intente llevarme bajo custodia; tendría que hacer una escena y utilizar mis poderes y probablemente alertaría a la mitad del ejército mogadoriano de mi presencia. No, solo tengo que alejarme.

Lamento de inmediato haber comido tanto. La comida se me asienta en el estómago como una pila de ladrillos, y siento náuseas solo después de trotar unas cuadas. Miro sobre el hombro y veo que el oficial me sigue el ritmo. Cuando me meto en un callejón, oigo que sus pasos se hacen más rápidos cuando comienza a correr tras de mí. «Corre, corre, corre» grito para mis adentros. Corro lo mejor que puedo atravesando callejones y calles laterales, paso detrás de un edificio enorme, cruzo algunas cercas y entonces...

El callejón es sin salida, y estoy jodido.

O al menos *estaré* jodido si no me las arreglo para salir volando de aquí. No es que sepa cómo hacerlo. Miro al techo diez pisos arriba: tengo que llegar allí. Así que contraigo todos los músculos, me visualizo flotando hacia arriba y súbitamente no solo

estoy flotando, sino que estoy subiendo *disparado* en el aire. Paso de largo el techo del edificio mientras el corazón me aporrea y, por un momento, puedo ver el océano que se extiende hasta lo que parece el infinito. Intento calmarme y bajo flotando *suavemente* al techo del edificio. Aterrizo con un golpecito sordo, pero no es tan malo para ser mi segundo intento consciente. Sin duda es mejor que aterrizar de golpe en la playa.

Básicamente, soy un superhéroe extraterrestre.

Echo un vistazo por el borde del edificio. El policía se encuentra de pie en el callejón, con cara de confundido. Pronto, dos personas más se le unen, aunque solo uno viste uniforme. El otro solo está de traje, por lo que puedo ver, pero están demasiado lejos para distinguirlos. Después de buscar por un rato, desaparecen.

Me apoyo contra la pared de ladrillos al borde del edificio. Puedo dormir aquí esta noche.

El aire es frío, y dudo que alguien me moleste.

Saco el dinero que me sobró del bolsillo y lo cuento. No es mucho, pero me bastará para unos días mientras pienso en qué hacer después. Luego, me siento extrañamente aliviado de encontrar también la vieja pelota de goma roja en mi bolsillo. Miro las estrellas mientras me la paso por los nudillos.

Es algo extraño que sean las mismas estrellas que solía mirar desde la isla. Cuando miro al cielo, es casi como si nunca me hubiera ido. Por millonésima vez en mi vida, me pregunto si una de esas estrellas es el sol de Lorien.

Cuando huíamos por Canadá después de que ese mog nos encontrara a las afueras de Montreal, siempre dormíamos por turnos o por lo menos así lo llamábamos, aunque en realidad era Rey el que se quedaba despierto gran parte de la noche cuidándome. Mi turno consistía en unos minutos de la mañana mientras Rey se duchaba o iba a buscar comida o algo. Incluso en nuestra choza, creo que a veces se quedaba despierto la mitad de la noche junto a la puerta si presentía algo o tenía alguna corazonada de que algo iba a pasar. Siempre me burlé un poco porque lo veía como paranoia, pero ahora, solo en el techo de un edificio en una ciudad en la que nunca había estado, deseo más que nada que hubiera alguien para cuidarme.

CAPÍTULO

SEIS

Traducido por Alloonsy & Pamee

Me instalo en South Beach.

No tengo un techo encima ni nada, pero me familiarizo lo suficiente con el área como para que me comience a parecer *conocido*, al menos. En la playa hay clubes, restaurantes y hoteles, y desde las aceras puedo ver al interior, a otros mundos que parecen tan diferentes a lo que crecí viendo, que me son completamente extraños. Hay luces parpadeantes, bandas y bailarines que se esparcen por la calle.

En Martinica vi carnavales y festivales con bailarines, pero nunca nada así; Rey siempre se había asegurado de que estuviera en casa cuando oscureciera. Pero ahora, solo, soy libre de vagar. Pienso en ir a Canadá, pero sigo débil por el viaje. Además, tengo que practicar mi vuelo antes de siquiera pensar en volar hasta allá, ya que parece ser la forma más fácil de evitar cualquier problema con los guardias fronterizos o la policía.

Al principio me cuesta volar; sin un subidón de adrenalina o una experiencia cercana a la muerte, no puedo descifrar de dónde viene el poder. Pero dentro de una semana o dos, mejoro.

Comienzo levitando a solo unos centímetros del suelo, luego me alzo en el aire lo más alto que puedo antes de que me entre el pánico y caiga al suelo. A veces, cuando está muy oscuro, vuelo sobre el océano lo bastante bajo para que nadie me vea y paso entra las boyas. Me estoy haciendo bueno.

Los techos me sirven de cama en las noches; me parecen más seguros que dormir en la playa o en callejones. Durante el día me vuelvo muy bueno en hurgar en bolsillos con mi telequinesis. Dejo de sentirme mal por ello luego de la segunda o tercera vez. Estoy *sobreviviendo*. Si voy a llegar a Canadá, o cualquier otro lugar, necesitaré bastante dinero y provisiones. Y hay bastantes blancos entrando y saliendo en rebaños desde tiendas de apariencia costosa por toda la isla. Compró ropa nueva, como pantalones vaqueros para cubrir las cicatrices de Uno y Dos en mi tobillo y mantengo unas cuantas camisetas limpias en mi bolso. Con camiseta limpia y un fajo de billetes en el bolsillo, soy otro chico en Miami cuyos padres le dan demasiada mesada.

Procedo con cuidado en lo que refiere a mis poderes, porque podrían delatarme fácilmente. Eso, y el cofre pesado y voluminoso que llevo a todas partes. Pienso

bastante en la garde al principio, pienso en buscarlos pero, ¿cómo lo haría? ¿Publicar avisos de «Desaparecidos» o algo? Por lo que sé, podrían estar en chozas en África, Indonesia o la Antártica. Y si no, si están juntos... bueno, nadie vino a buscarme. Así que pienso menos y menos en ellos.

Cada vez que descubro algo nuevo de la ciudad, parte de mí maldice a Rey. Podríamos haber estado haciendo esto todo el tiempo en vez de estar en medio de la nada. Paso mis días explorando, jugando en *arcades* o leyendo libros en la playa; básicamente, hago todo lo que no tenía oportunidad de hacer en *nuestra* isla donde no había librerías o enchufes. Siento que probablemente podría jugar videojuegos o ver películas para siempre. Me devoro todas las historias, desearía poder crearlas yo.

Compenso el tiempo perdido.

Sé lo que diría Rey: me llamaría perezoso, recitaría parábolas de hormigas y cigarras; pero me niego a sentirme mal por vivir mi vida de verdad por primera vez, en vez de encogerme de miedo.

Es casi *demasiado* fácil aquí. Me pongo cómodo, tal vez incluso descuidado. Y es así cómo me encuentra.

Normalmente, las billeteras que robo se van derecho a mi morral y las reviso más tarde cuando es de noche y no estoy en un sector lleno de gente. Pero tengo hambre y no tengo mucho dinero, así que termino apoyado contra una palmera en un sector tranquilo y agradable de la playa. Estoy rebuscando entre mi botín cuando ella habla a mi espalda.

—Te estás *buscando* que te atrapen, ¿no?

Me encojo y me doy la vuelta, acercando más el morral mientras intento mirar bien a la persona de la que vino la voz alta y algo rasposa. Ella parece ser unos años mayor que yo, con piel muy bronceada y brillante cabello negro peinado en una cola de caballo. Usa un montón de sombra de ojos oscura y una camiseta de tirantes gris sobre unos vaqueros cortados.

Tartamudeo el comienzo de algunas palabras y me pongo rápidamente de pie. Ella se ríe un poco.

—No te preocupes —me dice, encogiéndose de hombros—. Tengo bastantes razones para evitar a la policía.

Me mira con ojos marrón oscuro, a la espera de que diga algo, pero no sé qué hacer. He estado evitando a la gente todo el tiempo que he estado aquí, un viejo hábito, y nadie se ha esforzado en hablarme, la verdad. Pero esta chica parece... simpática.

—Bien, ¿no hablas? —me pregunta—. ¿Cómo te llamas?

Abro la boca y me detengo. Es una pregunta simple, pero obviamente no tengo respuesta o al menos no una que le pueda dar sinceramente. Así que recuerdo una persona que me gustó ser.

—Cody —respondo al fin. El nombre que tenía en Canadá.

—Cody —repite—. Es un placer conocerte por fin. Soy Emma.

Mierda. ¿Qué quiere con «por fin»? La miro fijamente a la cara mientras la analizo, buscando señales de que sea una mog; listo para luchar o volar de inmediato si las cosas llegan a eso.

—Oh, por favor, te he visto acechando por ahí. Es imposible no hacerlo. Me sorprende que la policía no te haya atrapado todavía. Te ves bastante sospechoso cuando andas merodeando. Es una locura que puedas acercarte lo suficiente a la gente para robarles.

«Oh». Bueno, la buena noticia es que no parece haber notado que puedo hurgar bolsillos gracias a mi legado. La mala noticia es que, aparentemente, no soy tan sigiloso como creía.

—No te ofendas —continúa, mirándome con los ojos algo entrecerrados—, pero no hablas mucho, ¿verdad?

—Supongo que no —contesto. Nunca he pensado mucho en ello—. Solía hablar mucho cuando era pequeño, y luego quedé solo con... —No sé cómo terminar la oración. Me doy cuenta de que he dicho demasiado.

Por suerte, Emma solo asiente.

—¿Trabajas para alguien? —pregunta.

—No, solo soy yo —contesto. Luego me siento confundido, no entiendo qué preguntó en realidad—. Espera, ¿qué quieres decir?

«Estúpido». No sé por qué, pero estoy metiendo la pata. No le he dicho nada importante, ni siquiera he arañado la superficie jodida de mi pasado, pero no tengo motivo para estar contándole cosas.

Ella solo sonrío y hace un gesto con la cabeza hacia mi bolso.

—Cómprame una arepa y quizá te cuente.

Si Rey estuviera aquí, estaríamos huyendo. Ya nos hubiéramos ido, ni siquiera hubiera tenido la oportunidad de hablar con Emma. Pero sin importar lo mucho que me imagine la voz de Rey gritándome que decline, que me pierda entre la multitud y huya a la isla menos habitada, él no está aquí *de verdad*. Además, no he hablado con nadie en mucho tiempo, no realmente; tal vez aprenda algo útil. Y si algo sale mal y ella me guía a una trampa o algo, tengo poderes telequinéticos y la habilidad para salir volando. Soy prácticamente intocable.

—Está bien —acepto, obligándome a sonreír—. ¿Qué es una arepa?

Emma me lleva a un puestecito de comida junto a la playa y ordeno dos arepas. Cuando el dueño del carrito me dice que son seis dólares, Emma dice algo en español y el dueño frunce el ceño.

—Tres dólares —dice él, tendiéndonos dos discos dorados que brillan al sol. Pago y nos alejamos. Tenemos la playa a un lado, y una fila de hoteles de lujo al otro.

—¿Qué fue eso? —pregunto. Le doy un mordisco a mi arepa; es una de las cosas más deliciosas que haya probado. Tortas de maíz dulce saladas emparedando queso blanco derretido. Estoy en el cielo.

—Solo evité que ese tipo se aprovechara de ti —dice Emma—. Pensó que eras turista.

—¿Qué le dijiste?

—Que sabía que te estaba cobrando demás. —Se detiene por un momento—. *Tal vez* haya mencionado el nombre de mi hermano. Es algo importante por aquí.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—Solo digamos que si *estuvieras* robando esas carteras para alguien, probablemente sería para él.

—¿Qué, es como... un mafioso? —Apenas digo las palabras me doy cuenta de lo tontas que suenan, pero mi mente se desvió de inmediato a una película de la mafia que vi el día anterior cuando pasé la mitad del día en un cine. Unos hilos de queso cuelgan de mi boca a la media luna dorada que tengo en la mano.

—Algo así. —Emma me mira y sonrío con suficiencia. Me siento estúpido, como un niño ingenuo.

—Entonces, ¿trabajas para él? —No puedo imaginarla como una de las *femme fatales* de las películas. Obviamente es demasiado joven, y demasiado amistosa—. ¿Esta es la parte donde aparece un coche negro, me empujan al maletero y me secuestran para pedir rescate o algo?

—Probablemente no hubiera elegido a alguien que anduviera robando si buscara obtener algo de dinero por el rescate —me dice con una sonrisa burlona—. No, no trabajo para mi hermano. No soy como él, ni siquiera le hablo, la verdad. Además, lo último que quiero es que alguien me diga lo que puedo o no hacer. *Especialmente* si ese alguien es tan estúpido como mi hermano.

Sonrío de forma genuina. Medio entiendo a qué se refiere.

—Además —añade—. Él piensa que soy demasiado joven y no quiere verme involucrada.

Suspira entre mordiscos a su bocadillo. Tiene la boca media llena cuando habla otra vez.

—¿De dónde eres, entonces?

—¿Por qué me hablas? —le pregunto, ignorando su pregunta. Ella parece confundida—. Quiero decir, ¿por qué te acercaste a hablarme en la playa?

—Quería una arepa.

—Claro.

—Bien. Te vi por ahí y supe lo que estabas haciendo. Me imaginé que te servirían algunas indicaciones. Pensé que tal vez serías mi nuevo compañero playero. Estoy cansada de trabajar sola.

—¿Trabajar? —repito—. ¿A qué te refieres?

Ella se detiene en medio de la acera, sonrío y saca una billetera de cuero negra de su bolsillo. La primera que robé, la que ahora uso para guardar mi dinero. Me llevo la mano al bolsillo trasero y confirmo lo que ya sé: de alguna forma se las arregló para sacarme la cartera. No sentí nada.

—No todos son un blanco tan fácil como tú —me dice con un brillo travieso en los ojos—. Podría usar una mano, si estás dispuesto.

—¿Quieres que robe carteras para ti?

—Conmigo.

Vacilo. Caminar por ahí y hablar con Emma es una cosa, pero prácticamente puedo oír a Rey gritándome y diciéndome que no entable amistad con nadie, solo con él. Obviamente ella no es mogadoriana.

—Vamos —dice al sentir mi reticencia—. Mira, no sé de dónde eres, pero es obvio que no estás tan familiarizado con este lugar como deberías, si estabas a punto de pagar seis dólares por comida callejera, aunque fuera deliciosa. Juntémonos otra vez metámonos en problemas. Me he aburrido tanto este verano, *por eso* me acerqué a ti.

Sus últimas palabras me llegan. *Decidió* venir a buscarme en la playa. Lo menos que puedo hacer es considerar pasar más tiempo con ella.

—Seguro —le digo.

Su rostro se ilumina un poco.

—Genial. —Saca un celular y le hace una mueca a la pantalla—. Mierda, me tengo que ir. ¿Cuál es tu número?

—No tengo —respondo, algo avergonzado.

—¿Qué quieres decir con que...? —comienza a preguntar y su rostro decae un poco—. Bueno, nos encontraremos en la playa mañana. En el mismo lugar en que te encontré. Vendré en la tarde.

Asiento.

—Sí, está bien.

Emma me dirige una última sonrisa y me lanza mi cartera. La recibo con torpeza, sin coordinación. Para cuando la vuelvo a guardar en mi bolsillo, ella ya está en medio de la calle, mezclándose con la multitud de turistas.

«Demonios —pienso—. ¿Acabo de hacer una amiga?»

Al darme cuenta de que no estoy seguro porque nunca antes había tenido un amigo en la vida, además de Rey, quedo devastado. ¿Cómo se supone que vaya a salvar un planeta plagado de especies bélicas si ni siquiera puedo averiguar cómo interactuar con otras personas?

Mis pensamientos se dirigen hacia los otros guarda. ¿Qué tal si no me llevo bien con ellos?

CAPÍTULO

SIETE

*Traducido por Thalia di Angelo
Corregido por Pamee*

En vez de esperar a Emma en el sitio donde me sorprendió ayer, me quedo a media playa de distancia, merodeando entre unos baños y una densa línea de plantas. De esa forma podré ver si aparece con una brigada de mogs o algo, aunque *la verdad* no creo que vaya a hacerlo. Solo intento ser cauteloso.

Y no quiero que me tome por sorpresa otra vez.

Emma aparece temprano en la tarde. Mira alrededor para buscarme antes de encogerse de hombros y sentarse bajo la palmera donde me encontró. Espera un rato, unos veinte minutos tal vez, mientras intento convencerme de caminar hacia ella.

Es extraño el nerviosismo que siento. Es tan ajeno a mí el encontrarme con alguien, hablar con alguien completamente nuevo. Me siento incómodo.

Cuando se levanta y parece que está a punto de irse, aprieto los dientes y voy hacia ella.

—¡Hola! —exclama con una sonrisa cuando me ve—. Pensé que me ibas a dejar plantada.

—Lo siento —digo, metiendo las manos a los bolsillos—. Eh, perdí la noción del tiempo.

—No importa. Es un lindo día. Quedémonos por aquí un rato.

Así que nos sentamos y hablamos. O más bien ella habla, y yo respondo tan vagamente como puedo, o con completas mentiras. ¿De dónde soy? De por ahí. ¿Dónde vivo? No lejos de la playa. ¿Mi familia y amigos? Están aquí y allá. Viajan mucho, ahora estoy solo. Robo una o dos veces porque es divertido.

Emma no me presiona y casi me hace sentir culpable por todas las mentiras que le digo: que tengo un hogar al que regresar y una familia amorosa en algún lado. Es fácil hablar con ella, de una forma en que nunca pude con Rey, principalmente porque habla mucho sobre ella y todo lo que dice es nuevo para mí. A veces pasa al español y suena tan lindo que no le digo que no le entiendo nada.

Emma no es para nada la persona que me hizo ver cuando nos conocimos, tan confiada y astuta. Mientras habla comienzan a aparecer las grietas. Su hermano puede ser un criminal, creo que eso es cierto, pero ella solo es una chica rebelde que se ha vuelto buena robando en búsqueda de una aventura durante el verano. Emma sí tiene

una familia amorosa y un hogar al que regresar cada noche. Lo que tengo claro es que se muere por ser parte de algo, de saborear el peligro.

Es divertido, nunca pensé que la gente fuera en busca de problemas o de peligro. Creo que cuando pasas toda tu vida ocultándote de todo para evitar que pasen cosas malas, después pierden su atractivo. Aun así, cuando sugiere que vayamos a robar unas carteras o bolsos, voy con ella. Pienso en ello como un juego o entrenamiento para mentir, esconderme y ser sigiloso; técnicamente son cosas que Rey aprobaría, ya que son habilidades que me ayudarán a mantenerme oculto de los mogs.

¿Cierto?

Descubro muy rápido que no soy el mejor ladrón cuando no puedo usar mis poderes. Solo me toma una persecución por las calles de South Beach el darme cuenta. Emma no entiende cómo lo he hecho hasta ahora para que no me hayan atrapado, pero solo me encojo de hombros. Desde ahora mi papel consiste en ser la distracción. Soy la persona que detiene y pregunta por direcciones o se cae delante de la víctima mientras Emma le roba de los bolsillos.

En eso no soy terrible: básicamente estoy mintiendo y contando historias.

Y antes de saberlo, tenemos un sistema que funciona y nos hace ganar mucho dinero, al menos lo suficiente para no pasar hambre ni que me falte nada; además, me sobra un poco para mi «fondo Canadá». Nos volvemos buenos en lo que hacemos. Creamos un código, algo parecido a un pacto de Robin Hood. Robamos solo de los que parecen que pueden permitirse perder unos billetes. Son fáciles de localizar, son los que entran o salen de tiendas de diseñador u hoteles. Seleccionamos turistas, no locales.

Nos vemos casi todos los días. Como una semana después de conocer a Emma, le pregunto por qué le gusta tanto quebrantar la ley y robarles a las personas. A estas alturas ya he deducido que probablemente viene de un hogar lo suficientemente bueno para que pueda pedir dinero o algo.

—Respeto —me contesta mientras tira la billetera de una señora ahora vacía a un basurero en la playa—. Eso es lo que quiero, es lo que *necesitamos*. Cuando la gente te respeta, puedes hacer lo que sea. Así consigues el verdadero poder en una ciudad como ésta. Tu nombre tiene que significar algo para la gente.

Quiero decirle que mi nombre sí significa algo para un montón de personas. Soy un salvador. Y un objetivo. Pero mientras más tiempo paso con Emma, menos presión parecen ejercer las cosas y más se aleja Canadá. Con ella solo soy un chico que come helado y comida de la calle todos los días, un chico que pasa las tardes colándose a cines y vagando por la playa al anochecer.

Con el paso de las semanas, Emma y yo *sí* nos hacemos de una reputación en las playas, o al menos nos conocen lo suficiente para que el hermano de Emma se entere y le diga que pare antes de que se meta en problemas. Me resulta obvio que los locales han cambiado su forma de pensar en mí, solo por cómo nos miran cuando pasamos junto a ellos: algunos con respeto, otros con algo de miedo. Todos con el conocimiento de quiénes somos y qué podemos hacer.

Se siente bien ser reconocido.



Llevo mi cofre conmigo a donde quiera que vaya porque me asusta demasiado dejarlo escondido por ahí. Es todo lo que me queda de la isla y de Rey, que parecen muy distantes ahora. De noche, duermo con él cerca de mí. Es en los momentos entre dormir y despertar en que mis pensamientos vagan hacia mi destino y al resto de la garde, hacia la guerra y la lucha que de seguro me esperan en un futuro. Sueño que nunca tengo que volver a ser Cinco, que puedo hacer lo que quiera, que ya no estoy atado al destino impuesto por los ancianos de Lorien.

Pero sé que es algo de lo que no puedo escapar. No del todo. O lucho para intentar acabar con un ejército entero junto a los garde, siete soldados súper poderosos que nunca se han conocido... o los mogs nos matarán a todos y tomarán la Tierra también.

Deseo que haya otra manera, una tercera opción que no se me ha ocurrido, pero no puedo pensar en otra aunque la vida se me vaya en ello.

Bien podría disfrutar mi estadía en este planeta mientras pueda.



Una noche, encuentro la víctima perfecta.

Emma y yo estamos detrás de uno de los hoteles lujosos cerca de la playa, dividiéndonos lo que cogimos durante el día. Es de noche y las únicas personas en molestarnos son unos corredores tardíos que solo nos saludan con la cabeza al pasar.

La víctima tiene unos treinta años más o menos, va bien vestido con una camisa nueva de color negro, pantalones grises y unos lustrosos zapatos negros que no son prácticos para caminar por la playa, incluso aunque vaya por la acera. Lleva el cabello negro peinado hacia atrás, lo que acentúa su piel pálida y nos da a entender que, casi sin duda, no es de Miami. Lo más importante es que está solo.

Perfecto. Prácticamente nos está rogando que le robemos la billetera.

Miro a Emma, que me da una mirada traviesa, una que ahora reconozco bien.

—¿Cuál es la historia? —pregunta.

—Perdimos nuestro gato —contesto—. Es negro como la noche y llevamos buscándolo por horas.

Ella sonrío y asiente, alejándose de mí. Esto es lo que hacemos: yo doy la historia y ella hace el robo intensivo.

Mientras el hombre se acerca, sus ojos pasan entre nosotros, pero no presta mucha atención. Cuando pasa a Emma, me interpongo en su camino y Emma se ubica tras él.

—Oiga, señor. ¿Ha visto un gato negro corriendo por aquí? Hemos estado...

El hombre se mueve rápido, más rápido de que lo que hubiera pensado, y en un pestañeo tiene a Emma a su lado y le retuerce un brazo. Una billetera roja de gamuza cae de sus dedos y rebota al camino. El hombre aprieta los dedos y Emma cae en la arena con un grito y luego deja salir todo un arsenal de insultos en español.

«Mierda».

Doy un paso al frente, pero el hombre alza una mano y su presencia tiene un aire de mando tal, que me detengo. No sé qué hacer. Le habla a Emma en español y dice algo que la hace abrir mucho los ojos. Ella le dice algo en voz baja y él responde. La voz de él es baja y suave. Por el rostro de Emma pasa una expresión de entendimiento; claramente está uniendo puntos que yo no comprendo y siento que me estoy perdiendo lo que pasa frente a mí.

Todo lo sé es que tengo un solo amigo en el mundo y que ella está en el suelo frente a un hombre del que obviamente está asustada. Así que cuando él intenta sujetarla, yo no hago más que reaccionar.

Lo hago tambalearse hacia atrás con una onda telepática.

El ataque no es mucho, solo un trocito de mi legado, pero sirve para poner un poco de distancia entre nosotros. El hombre parece sorprendido por un momento y luego entrecierra los ojos al mirarme. Saco pecho y aprieto los puños.

—Cody, ¿qué estás...? —Emma parece confundida—. Escucha, se quién es este tipo. Más o menos.

El hombre se agacha despacio, con las manos extendidas y recoge la billetera del suelo. Saca dos tarjetas que deja caer en la acera.

—Si están buscando trabajo, llamen a este número —dice. Luego, como si lo hubiera pensado, suelta un billete de cincuenta dólares en el suelo también.

Luego pasa junto a nosotros y se aleja como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Algo de él se impregna en el aire y lo hace parecer intocable.

Cuando ya no puede oírnos, me giro hacia Emma.

—¿Estás bien? —pregunto, preocupado.

—No tienes ni idea de que quién es, ¿cierto? —pregunta Emma, sus ojos no dejan la espalda del hombre.

—No. ¿Quién es?

Emma recoge las dos tarjetas y me da una a mí. Es blanca, y solo tiene un número telefónico negro en el centro.

—Su nombre es Ethan —responde—. He oído a mi hermano hablar de él últimamente. Es un tipo muy importante que está agitando las cosas en la ciudad. ¿Sabes lo que significa? —Ella me mira, pero yo solo sacudo la cabeza y Emma sonrío—. Él es nuestro boleto al siguiente nivel.

CAPÍTULO

OCHO

*Traducido por Thalia di Angelo
Corregido por Pamee*

Emma llama.

No habla con Ethan, pero la persona en la línea parece saber quiénes somos. Eso me pone nervioso, pero solo conocen un nombre falso.

Aparentemente, Ethan está necesitando mensajeros con urgencia, personas que lleven paquetes y documentos por la ciudad. No es exactamente lo que Emma tenía en mente cuando llamó, pero accede por ambos.

—Creí que no querías que alguien te dijera qué hacer —le digo cuando ya no está al teléfono.

—Y *no* quiero. —Frunce un poco el ceño—. Pero me aburre un poco robarle a cualquiera todos los días. ¿A ti no?

«No realmente», pienso, pero solo me encojo de hombros.

—Entonces qué, ¿vas a intentar ascender para perfeccionarte en robos de casas o algo? —pregunto con una sonrisita.

Ella me pega en el brazo y se ríe.

Vamos a ver nuestros encargos, que por lo general consisten en recoger sobres de tiendas o lugares específicos y dejarlos en tiendas al otro lado de la ciudad. Emma lo odia, pero a mí me da igual. Llego a ver partes de la ciudad que no sabía que existían: tiendas Vudú en Little Haiti y candelabros colgados en ventanas de tiendas en el Distrito de Diseño. A veces tenemos que separarnos para hacer un trabajo, pero por lo general, andamos juntos por la ciudad.

Un día en un trabajo solitario, me encuentro de nuevo con Ethan.

Está sentado en un gran reservado en el rincón del restaurante. Tengo un paquete para él. El lugar es lujoso, o por lo menos, más lujoso que el lugar de comida rápida en el que como por lo general. Él sonríe ampliamente cuando me ve, con dientes blancos perfectos.

—Ahí está mi mejor trabajador —dice, moviéndose al otro lado del reservado—. Por favor, toma asiento.

—Gracias, eh... —Me doy cuenta que no sé cómo llamarlo.

—Por favor, llámame Ethan.

—Ethan —asiento.

Me siento en el reservado y me pongo el morral entre los pies. Antes de que pueda decir algo más, empieza a llegar la comida: platos y más platos de ceviche, pollo asado y pasta nadando en salsa. Ethan me alienta a comer tanto como quiera y yo prácticamente me echo paladas de comida a la boca.

Ethan habla mientras comemos.

—Normalmente no me ensucio las manos con ladrones o bandas de poca monta en la ciudad —me confía, cortando un camarón en su plato—. Pero me llegan informes de gente en la calle, de policías. Cuando aparece alguien de interés, yo me entero. Y tú y tu amiga son definitivamente gente de interés. Eran una sociedad sólida antes de que se cruzaran conmigo. Dime, ¿qué te llevó al robo de carteras? ¿Por qué lo haces?

—Para sobrevivir.

Ethan sonrío y me señala con su tenedor.

—Eres joven. De unos catorce, diría yo, ¿cierto?

Asiento. Él continúa.

—Vivía en las calles cuando tenía tu edad. Me hizo un ladrón endemoniadamente bueno y me obligó a crecer rápido. Pero no es tan fácil, es peligroso. Mi hermano no lo logró. —Se queda en silencio y yo me congelo. Me parece inapropiado seguir comiendo mientras él me cuenta sobre su hermano muerto, así que me quedo ahí con un enorme trozo de queso dentro de una mejilla, esperando a que siga hablando—. Tuve que buscarlo por días hasta por fin encontrarlo. La otra banda... Bueno, no es importante. No quiero asustarte. Lo más importante es que veo mucho de él en ti. Es en verdad sorprendente. Pienso que habría sobrevivido si hubiera tenido tus habilidades.

Me tenso. Hasta donde Ethan sabe, mis talentos incluyen entregar correo y robar billeteras. Pienso en cuando nos conocimos en la playa y yo, estúpido, lo empujé con mi telequinesis. ¿Habrá comprendido qué fue?

«No», me digo a mí mismo. Probablemente piensa que fue el viento. ¿Cómo podría saber?

—Eh, sí —conuerdo—. Siento oír sobre tu hermano.

—Está todo en el pasado —dice Ethan—. Pero tú... tú eres el futuro. —Los labios de Ethan se curvan en una sonrisa—. Cuéntame más sobre ti —me pide.

Así que empiezo a hablar, pero no digo nada sobre Lorien o la isla, solo hablo sobre las cosas que me gustan: arepas, películas, libros, *arcades*. Y Ethan parece fascinado. Resulta ser un aficionado a las películas y me recita una larga lista de las que debería ver, cuando de repente me pregunto cómo terminé en un lujoso restaurante de Miami hablando de películas con una mente maestra del crimen de alto nivel.

¿Qué diría Rey? Desearía que estuviera aquí, desearía que pudiera ver lo bien que lo hago yo solo y qué tan importante me estoy haciendo.



Emma siempre tiene hambre de más, siempre quiere encargos más grandes.

Hasta que al fin, conseguimos uno.

Ethan quiere intervenir una serie de almacenes fastidiosos para etiquetar competidores, o algo así. Como siempre, no hacemos preguntas. Emma y yo debemos colarnos en la noche cuando los edificios estén vacíos y plantar unos aparatitos que Ethan nos dio. Es una tarea extremadamente fácil.

Por supuesto, todo sale mal.

Emma y yo nos separamos para hacer el trabajo y llevo instalados la mitad de los artefactos en un pequeño almacén lleno de filas y filas de cajas y estantes, cuando aparece una docena de tipos. Si viviera en una película de superhéroes, ellos serían los típicos secuaces.

—Eh —murmuro cuando me rodean en semicírculo—. Hola. Solo estaba buscando un lugar dónde dormir hoy. Me iré y...

—Ethan te envió, ¿no? —pregunta uno de los hombres.

—¿Ethan? —pregunto, haciéndome el tonto—. ¿Quién es?

El hombre responde lanzándome un puñetazo.

Al principio el entrenamiento rudimentario de mano a mano que me dio Rey se vuelve útil, pero estoy oxidado y, para comenzar, nunca fui muy bueno; además, son demasiados. Esquivo un par de golpes y entonces un puño me da en el estómago y me doblo. Luego estoy en el suelo, y recibo patadas de todos lados. Veo estrellitas cuando el talón de alguien me da en la nuca.

No pueden matarme, todavía hay dos garde entre la muerte y yo, pero pueden quebrarme, incapacitarme, enviarme a una sala de emergencia o secuestrarme.

Solo tengo una oportunidad para salir de ésta.

Envío una explosión de energía telequinética desde mi cuerpo, provocando que dos de mis atacantes se tambaleen hacia atrás. No les doy tiempo de recuperarse y utilizo mi legado para enviarlos volando contra las paredes y hacerlos chocar con el otro, luego los elevo en el aire y los azoto contra el piso de concreto. Arremeto y uso mis poderes en maneras que nunca imaginé. Es extraño lo natural que viene a mí esta destrucción. Se siente tan bien, como si estuviera estirando un músculo que hace tiempo no uso. Me doy cuenta de que extraño usar mi telequinesis tan seguido, como

hacia en mi islita o cuando robaba solo. Los cuerpos vuelan por la habitación, rompen repisas y luces, hasta que alguien grita mi nombre y me paraliza.

Emma.

Giro hacia ella y la veo en una de las puertas que da a la bahía, medio perfilada por la luna. No hace intento de acercarse. Tiene una mirada que nunca he visto: los ojos muy abiertos, el blanco destaca contra la casi la oscuridad, le tiemblan las manos.

Está aterrorizada.

A mi alrededor, todos los atacantes caen del aire y dan contra el suelo con ruidos sordos.

—Emma—digo, dando un paso hacia ella.

Ella da un paso atrás.

—¿Qué eres? ¿Cómo lo...?—pregunta.

Posa los ojos en alguien que yace a unos metros de mí.

—¿Marcus?—pregunta. Y luego corre hacia él. Él no responde cuando ella lo sacude y se le llenan los ojos de lágrimas.

Me toma un momento darme cuenta de por qué reconozco el nombre Marcus, y luego todo encaja. No había reconocido el nombre porque ella normalmente lo llama hermano.

Marcus parece estar vivo, pero tiene una pierna torcida en un ángulo extraño; la tiene quebrada y probablemente también se haya quebrado algunas costillas por la caída.

«¿Qué he hecho?»

—Lo siento, yo...—comienzo, pero me silencia la mirada de Emma, una llena de odio.

—Monstruo—exclama—. Maldito fenómeno. ¿Estás poseído? ¿Cómo lo hiciste?

Doy un paso adelante, pero ella se levanta con una tubería de las repisas que destrocé en las manos.

—Emma...

—No des otro paso.

—Está bien—acepto—. Soy yo, Cody.

Ella sacude la cabeza, o tal vez esté temblando; es difícil decir. A sus pies, su hermano balbucea algo inentendible.

Doy otro paso adelante.

—Déjame ayudarte...

Y entonces me golpea. La tubería me da a un lado de la cabeza y todo se vuelve negro.



Cuando despierto, estoy en un coche, en uno *muy fino*, todo de cuero gris y pantallas táctiles. Un hombre de traje conduce. Me encuentro en el asiento de atrás con Ethan sentado a mi lado.

—Bienvenido de nuevo al mundo de los vivos —me saluda.

Me palpita la cabeza. Alzo los dedos y encuentro un nudo palpitante a un lado del cráneo.

—Emma... —murmuro.

—Fue un gran golpe. Probablemente tienes una concusión. Puedo hacer que uno de mis doctores te revise si te sientes mal o mareado.

—¿Dónde está?

—Se quedó atrás. Aparentemente uno de los hombres era su hermano. Pidió ayuda. Vine lo más pronto que pude al oír que había problemas y te traje. No quería que te lastimaras más, te arrestaran o algo como eso.

Asiento un poco, pero solo me duele más. El dolor hace que me sea difícil unir todo lo que acaba de pasar. Me duelen cien partes diferentes del cuerpo. Tengo la camiseta blanca salpicada con gotas de sangre. Mi cofre loriense... el corazón me palpita con fuerza cuando pienso en él. Miro alrededor del coche. Mi sucio morral de lona está a mis pies en el suelo. Lo recojo y lo abro frenéticamente: el cofre sigue ahí. Suspiro.

Ethan continúa.

—Así que tienes unos cuantos trucos bajo la manga de los que no te habías molestado en decirme. No es de extrañar que los dos fueran tan buenos en los trabajos que les daba.

—Emma no sabía —digo.

Me arrepiento de mis palabras inmediatamente, porque son como una admisión accidental de la verdad, de que tengo poderes, de que soy diferente.

Pero él ya lo sabe. Vio lo que hice tan claramente como Emma.

—Ah, eso explica su reacción.

Un monstruo, así me llamó. Pensé que era mi amiga.

Miro por la ventana, inseguro de a dónde vamos. Tal vez debería abrir la ventana y volar hacia la noche, encontrar algún otro lugar al que ir. Empezar de nuevo.

Tal vez es tiempo de volver a Canadá.

Una pregunta se forma en mi cabeza adolorida: ¿Así será mi vida? ¿Ir de un lugar a otro sin tener idea de qué hacer? Sin manera de encontrar a los garde, sin manera de que los garde me encuentren... si es que me están buscando. Podría causar una escena

o enseñar mis poderes, pero los mogs me matarían antes de que los garde salgan de su escondite.

Desearía que hubiera otra manera.

—¿Qué eras para ella? ¿Un compañero, un amigo? ¿Más que eso?

Pienso la pregunta por un rato, intentando ver a dónde quiere llegar.

—Amigos —contesto—. Quiero decir, creí que lo éramos.

—Un amigo nunca habría reaccionado así, Cody —me dice, recostándose en el asiento—. Un amigo nunca te hubiera vuelto la espalda. Odio decirte esto, pero creo que es posible que Emma haya estado jugando contigo, que haya estado intentando conseguir todo lo que podía de ti. Que haya estado utilizándote.

Empiezo a protestar, pero él alza la mano y me detiene.

—¿Sabes lo que eres para mí?

Sacudo la cabeza despacio.

—¿Un empleado? —pregunto.

—Potencial —responde Ethan—. Un diamante en bruto. No soy tonto, conozco el talento cuando lo veo, y lo respeto. He viajado alrededor del mundo. En mis días he visto cosas bastante locas, cosas inexplicables, cosas que no creerías ni aunque te lo jurara por lo más sagrado. He visto hombres en Indonesia que pueden decirte tus secretos más oscuros, mujeres en el Caribe que pueden resucitar animales. Nada me sorprende. No tienes que contarme sobre ti o tu historia, pero tampoco tienes que ocultarlo. Nunca te miraré como si fueras un fenómeno. Cualquiera que sean tus poderes o dones, significan que eres más fuerte que la mayoría, ¿verdad? Significa que eres alguien que va a soportar, a sobrevivir, y es por eso que estamos aquí ahora. —Señala entre nosotros—. Tenemos un montón que ofrecernos mutuamente. Si trabajáramos juntos, seríamos imparables.

—¿Qué pasa con Emma? —murmuro.

—Emma tiene familia. Su tonto hermano, sí, pero también padres y un hogar. Tú, por otro lado, estás solo, ¿no?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Cody, en lo que se refiere a negocios, soy muy organizado. Investigo en profundidad a todos con los que trabajo. Y tú, mi niño, has sido una especie de anomalía.

Se me ocurre que no se ha mostrado sorprendido por nada de lo que ha pasado, como mis poderes o la ida de Emma.

—Me has estado siguiendo.

—Tienes que ser más sigiloso. —Ethan se peina el cabello detrás de las orejas—. Eso es algo que puedo enseñarte. Y por lo que veo, podría servirte algo de entrenamiento en combate mano a mano. Pero lo más importante es la habilidad que parece tener. Puedes mover las cosas con solo agitar las manos.

—Telequinesis —confirmando.

¿Qué estoy haciendo? Debería irme, saltar del auto y desaparecer en la oscuridad.

Pero Ethan ya lo sabe. Y de repente me doy cuenta de que es el único amigo que tengo ahora. Por cómo me miró Emma, sé que no hay manera de volver a ella. Me sorprendería si alguna vez volviera a hablarme. Además, toda esta charla sobre entrenar tal vez sea algo bueno. Ethan obviamente es un hombre poderoso. Si entrenara para ser como él, podría utilizarlo después. Digo, siempre puedo irme, ¿verdad?

—Las personas como tú y yo somos diferentes, Cody —dice Ethan—. Eres especial. Lo supe desde el momento en que te conocí en la playa, supe que eras el talentoso del dúo. Eres poderoso, pero puedo ayudarte a convertirte en alguien que la gente realmente admire y respete. ¿Te gustaría eso?

—Sí —contesto. Ni siquiera tengo que pensarlo.

—Bien —dice con una sonrisa—. Tenemos un futuro brillante frente a nosotros.

El conductor gira hacia una imponente puerta de hierro forjado que se abre y expone el camino hacia una casa que parece salida de una película de millonarios de Hollywood.

—¿Qué lugar es éste? —pregunto.

—Tu nuevo hogar.

CAPÍTULO

NUEVE

Traducido por Andrés_1987

Es un poco extraño lo rápido que pasa el tiempo cuando Ethan me pone bajo su protección. Me digo a mí mismo que voy a quedarme un día o dos, y luego las semanas pasan como si nada. Sigo pensando «me iré mañana», pero siempre es mañana y nunca hoy, hasta que me quedo.

Se acabaron las tareas de mensajería o el robo de billeteras. Ahora vivo con lujo.

En una casa como la de Ethan me es difícil imaginar volver a dormir en techos o en una choza. Su casa tiene todo lo que se pueda desear: una biblioteca, sala de juegos, vista a la playa e inclusive una pequeña sala de cine en el sótano que es donde paso la mayor parte de mi tiempo libre. Puedo bloquearlo y desbloquearlo todo con una tarjetita que llevo en la costosa billetera que Ethan me compró. Hay personal que limpia a mi paso y también un cocinero que probablemente es mi persona favorita de la casa (después de Ethan) y que ve películas conmigo casi todas las noches.

Me gusta recordarme a mí mismo que Rey habría querido que me mantuviera a salvo. ¿Qué podría ser más seguro que una casa como la de Ethan? Un *recinto cerrado*.

Ethan me instala en una habitación que es más grande que toda nuestra choza en la isla. Prácticamente tengo todo el segundo piso para mí solo, todo lo que pudiera desear y cosas que ni siquiera sabía que necesitaba. Nunca tuvimos seda dental en la isla, mucho menos computadores.

Uso el Internet para tratar de encontrar todo lo que pueda acerca de la garde; cualquier artículo de noticias o entradas de blog que me pudieran llevar hasta ellos, pero cada vez que pienso que me estoy acercando, el Internet se convierte en una pared de ladrillos. Me sale un mensaje de error en el navegador que me dice que el enlace está roto o que el sitio Web está teniendo dificultades. Me imagino que son los otros cêpan los que hacen eso y que intentan cubrir sus huellas. Si Rey estuviera vivo y tuviéramos Internet, estoy seguro de que estaría dando vueltas por ahí para borrar las cosas que he publicado también, o hackeando los sitios de noticias.

Es eso o los otros garde están demasiado temerosos como para aparecer y no hacen otra cosa que sentarse a esperar que algo suceda para reaccionar.

No como Ethan. Ethan es como un cêpan de ensueño. Todo lo que quiero me lo da, y todo lo que él quiere, simplemente lo toma.

—Todo lo que hay ahí afuera puede ser tuyo —me dice al menos una vez al día, y viniendo de él, parece una realidad. Tiene sentido. ¿Qué mejor demostración de fuerza y poder puede haber que el ser capaz de hacer lo que quieras cuando quieras? Ethan renuncia al entrenamiento con pesas y al acondicionamiento físico y en su lugar se centra en mis legados. Le digo que no sé de dónde vienen, y él dice que no importa, que lo único que importa es que los tenemos para usarlos ahora y que él me entrenará.

Unos días entrenamos sobre la precisión de mi telequinesis, y otros días en su fuerza; volar se va volviendo más y más fácil, hasta que puedo despegar con apenas un mero pensamiento. Su personal está bien pagado y no se atreverían a hablar de lo que fuera que vean. Él me asegura que *definitivamente* no va a decirle a nadie sobre lo que puedo hacer; dice que soy su arma secreta y que tiene increíbles cosas reservadas para mi futuro, cuando esté listo.

Es un futuro que estoy emocionado por descubrir.

Ethan cree en el poder, creo que está obsesionado con él. No es difícil ver lo feliz que se pone cuando vamos a un restaurante de lujo o alguna tienda increíblemente cara y los camareros y empleados lo tratan como a un dios que ha venido a la Tierra para pedir filete miñón. Lo entiendo porque me siento de esa misma manera cuando estoy con él; la emoción de ser admirado, de ser envidiado incluso, es como una adicción, pero la envidia y el dinero no son los únicos aspectos del poder que Ethan valora; su oficio requiere intimidación.

La intimidación no es algo que se me dé bien.



Unos meses después del incidente en el almacén, cierto día después de almuerzo, caminamos por algún sitio de moda en alguna parte del centro de Miami, uno lleno de vallas publicitarias y luces. Ethan viste su traje oscuro normal y yo una camiseta y pantalones vaqueros que costaron dinero suficiente para comprar probablemente toda la isla donde vivía con Rey.

Atrás ha quedado mi largo cabello castaño enmarañado; ahora tengo un corte de pelo espectacular. Me pregunto cómo sobreviví en las zonas tropicales por tanto tiempo con tanto pelo en la cabeza.

Como de costumbre, mantengo un ojo abierto en busca de Emma. No sé si quiero volver a verla de verdad, pero no quiero topármela de sorpresa en la calle. Lo último que necesito es otra conmoción cerebral.

Pasamos junto a un puñado de chicos un poco mayores que yo sentados fuera de una cafetería, dos chicos y dos chicas. No me doy cuenta de que hay un perro a sus pies hasta que empieza a ladrarme y me hace saltar hacia atrás, sorprendido, y casi lanzo a Ethan a la calle.

La mesa estalla en risas. Una de las chicas se disculpa y tira al perro de su correa.

—Mariquita imbécil —murmura uno de los chicos a su amigo.

—¿Qué acabas de decir? —le pregunta Ethan, acercándose a la mesa.

Veo que todos parecen incómodos.

—Nada —contesta el chico.

—¿Oíste cómo te llamó? —me pregunta Ethan. Reconozco su tono de voz. Se encuentra en modo maestro, listo para impartir una lección importante.

—Sí... —contesto.

—Y ¿eres un imbécil?

—Oye —dice la chica—. Lo sentimos. Él no quiso decir nada, no es más que un idiota.

Ethan no le hace caso, en cambio, me habla.

—Ese chico te faltó el respeto.

—Supongo —digo, encogiéndome de hombros.

Ethan mira a su alrededor por un momento. Estamos afuera de la tienda y no hay muchas personas en la calle, nadie cerca de nosotros, por lo menos.

—Entonces *muéstrale* que debería respetarte.

El chico de la mesa se pone de pie, tiene dos veces mi estatura y le saca al menos dos cabezas a Ethan.

—Déjalo —dice el chico.

Miro a Ethan vacilante.

—Tienes que comenzar en la parte inferior de la cadena alimenticia y escalar a la cima —dice Ethan en voz baja. Se vuelve para mirarme a los ojos—. Si no les enseñamos que eres más poderoso que ellos, nunca aprenderán a temerte; es el momento para que tomes acción.

Asiento.

—Mira —dice el tipo—. Te dije...

Levanto una mano frente a mí y de repente el muchacho sale volando un metro hacia atrás y choca contra la pared de la cafetería. Empieza a maldecir e intenta moverse, frenético, pero lo tengo a treinta centímetros del suelo; no tiene ningún punto de apoyo, yo tengo el control.

Los otros en la mesa jadean y comienzan a asustarse.

—La chica sacó un teléfono —me informa Ethan con calma.

Con la otra mano uso mi legado para arrancárselo de los dedos y tirarlo al suelo; la pantalla se rompe.

—El chico va a salir corriendo.

Uno de los otros chicos de la mesa se dirige hacia la entrada lateral, y hago que se tropiece con un movimiento de muñeca.

—Hay alguien detrás de ti.

Giro con las dos palmas extendidas, dispuesto a luchar, pero allí no hay nadie.

Miro a Ethan, está sonriendo.

—Perfección —dice y mira a su alrededor rápidamente—. Tenemos que irnos.

Dejo que el chico caiga al suelo. Está temblando y respira con dificultad mientras nos vamos como si nada hubiera sucedido. Sus amigos se reúnen a su alrededor. El corazón me golpetea en el pecho, me siento mareado, liviano y extrañamente satisfecho. No puedo evitar sonreír maliciosamente.

—Pareces contento contigo mismo —dice Ethan—. ¿Cómo se sintió?

—Maravilloso —le digo. Me siento maravilloso.



Exactamente un año después de estar en casa de Ethan, algo me saca del sueño en medio de la noche: mi pantorrilla está en llamas. Tumbo la mitad de las cosas de la mesa de noche tratando de encontrar la luz, aullando de dolor. Incluso antes de que se encienda, sé lo que significa la quemadura.

Muerte, otro garde ha muerto.

Un símbolo arremolinado de color rojizo ha aparecido en mi pierna, por encima de otros dos similares. Tres está muerto y esta marca roja probablemente es el único tipo de lápida que él o ella vaya a conseguir. Otro garde sacrificado por la causa de Lorien. Solo una persona resta entre la muerte y yo ahora, si lo que Rey siempre me dijo sobre el orden en el que tenemos que morir es verdad.

Número Cuatro.

Salgo tambaleante de la cama, y hago una mueca cada vez que apoyo el peso sobre mi tobillo. Y es más peso de lo habitual. Después de un año de comidas servidas en la casa de Ethan a cualquier hora del día en que me dé hambre, ya no me veo como aquel niño asoleado y famélico de la isla. Estoy hecho un tanque ahora; soy sólido, tal vez un poco gordito. Sin duda, estoy bastante más rellenito de lo que estaba hace un año, pues he estado mucho más centrado en mis legados que en mantener mi cuerpo en forma.

La muerte de Tres me toma por sorpresa. No es que me haya olvidado necesariamente de Lorien y de la garde, pero sin el acoso constante de Rey, todo este asunto ha estado dormido en el fondo de mi mente. Últimamente he pasado tanto tiempo viviendo aventuras con Ethan, que la garde se ha convertido otra vez en simples historias y he olvidado que son personas reales. He intentado ignorar el hecho de que terminaré siendo el próximo objetivo en la lista numérica de la muerte.

Supongo que es otra forma más de mentir, solo que esta vez me miento a mí mismo.

Mi mente por fin se está poniendo al día con el estado de vigilia de mi cuerpo y me pongo a pensar en todas las implicaciones que podría tener este nuevo desarrollo; tal vez la muerte de Cuatro no esté tan lejos, porque siempre existe la posibilidad de que Tres y Cuatro estuvieran juntos. Siempre me imaginé a los otros garde trabajando juntos sin mí.

Camino por la habitación conteniendo la respiración, esperando que una nueva quemadura abrasadora se apodere de mi pierna. Pero después de unos minutos, nada sucede. Sin embargo, si otra cicatriz aparece, significa que soy el siguiente, el nuevo gran objetivo. Yo y cualquier otra persona que esté cerca.

Detengo mi paseo. Podría irme ahora, Ethan nunca se daría cuenta de lo que está pasando. Podría volar a una ciudad diferente, a un *país* diferente, incluso hasta Canadá, tan solo un poco después de lo que había planeado.

Pero no quiero estar solo de nuevo.

Tal vez Ethan quiera ir conmigo. Para ser alguien a quien no le gusta los grupos grandes de personas, la idea de no tener *una* persona en la que apoyarme me asusta.

No obstante, los mogs podrían rastrearlo a través de mí. No hemos sido necesariamente sutiles con el uso de mis poderes. Me siento tan estúpido de repente, no importa lo bien que se sintiera mostrar mi superioridad sobre gente como esos cabezas de chorlito de la cafetería. Nunca debí haber dejado Ethan me convenciera.

Tengo que decirle lo que está pasando. Es lo menos que puedo hacer por lo bueno que ha sido conmigo. Mientras salgo de mi habitación, casi puedo oír la voz del Rey en el fondo de mi mente. «Nunca le digas a nadie lo que eres, no le cuentes a nadie lo que sabes, el secretismo es tu mejor arma». Pero Rey no está aquí en realidad y el mundo no ha sido precisamente el laberinto de miedo y persecución que él siempre dijo que sería.

He estado en Miami desde hace más de un año y ni siquiera he oído en un susurro de la palabra «Lorien». Si Rey estuviera vivo, probablemente estaríamos sudorosos y medio muertos de hambre en una isla tropical, sacando caracoles de sus conchas con tallos de bambú. No, tengo que decirle a Ethan, tal vez pueda ayudarme de alguna

manera; después de todo, es inteligente y rico. Tal vez haya alguna de casa de seguridad chapada en titanio a la que me pueda llevar; o armas, tal vez conozca a alguien en el ejército que pueda bombardear Mogadore, o algo por el estilo.

Me escabullo por la casa a oscuras. La puerta de la habitación de Ethan está abierta, pero él no está en el interior. No hay luces en el baño o en el armario. Definitivamente no está allí. Mi corazón da un vuelco, quizás ya llegaron y se lo llevaron. Es demasiado tarde, estoy jodido. Entonces me doy cuenta de que la cama de Ethan todavía está hecha; no se ha acostado todavía. Tal vez siga despierto.

Bajo al primer piso con cautela y busco luces en la cocina y en el estudio, pero no hay ninguna. Estoy a punto de salir a la calle cuando escucho los más débiles hilos de música flotando en el aire desde algún lugar más adentro de la casa, un aumento medido y luego se ha ido.

De puntillas por los pasillos, averiguo de dónde viene. La puerta al estudio privado de Ethan, la habitación a la que no debo entrar, está abierta de par en par y un haz de luz plateada sale de ella.

«No me lo creo».

He estado en cada centímetro de esta casa durante todo un año y esta es la única habitación que mi tarjeta de acceso no logra abrir; incluso intenté forzar la cerradura con mi telequinesis un día en que Ethan había salido, pero no tuve suerte. Siempre ha sido una fortaleza impenetrable. Hasta ahora, supongo.

Empujo la puerta para abrirla un poco más y me sorprende lo pesada que es. La cosa tiene que estar hecha de metal o algo así. Me asomo un poco y veo una pared de estanterías con libros a un lado, pero la mayor parte de la habitación está cubierta de tablas y gráficos. Un escritorio grande y circular yace en el centro y tiene un mapa extendido cubierto de pines y banderitas. Ethan está sentado en su estación de trabajo.

Hay tres, no, *cuatro* pantallas de computador conectadas a un par de torres de PC, y un portátil abierto a un lado. La música se derrama por los altavoces ocultos por toda la habitación, el volumen está justo por encima de un susurro. Beethoven, creo, pero solo lo sé porque Ethan me obligó a escuchar una sinfonía una vez, pensando que podría tomarle el gusto a un montón de violines o algo así.

Ethan está de espalda a mí, pero puedo oírlo. Está hablando con alguien, al parecer por videoconferencia, casi puedo distinguir a la persona en la pantalla. Me congeló. «Persona» podría no ser la palabra adecuada. La figura de la pantalla tiene cabello negro, peinado hacia atrás, con algunas marcas (¿marcas de nacimiento? ¿Tatuajes?) que se asoman por los lados. Sus ojos son solo orbes oscuros y a los lados de la nariz le

brillan unas pequeñas rodajas carnosas, como branquias monstruosas que se destacan contra su pálida piel.

He visto caras como esa antes, solo una vez, en Canadá.

Un mogadoriano.

Antes de que pueda comprender lo que está pasando, Ethan habla:

—¿Qué hay de Cuatro?, ¿ya lo rastrearon?

Me palpita la cabeza. «¿Qué está pasando aquí?»

—Tenemos algunas pistas —dice el mog con una sonrisa que expone hileras de dientes grises—. No debería tardar mucho, es solo cuestión de esperar a que meta la pata, ahora que a Número Tres lo hemos sacado del tablero. Teníamos pistas que le conectan con Florida, pero al parecer eran pistas que probablemente apuntan al que está a tu cargo.

«No, no, no, nada de esto tiene sentido».

—Es más que probable —asiente Ethan—. Ninguno de nuestros ojos en Miami nos ha informado de nada, por lo menos.

«El que está a su cargo». El mog está hablando de *mí*. El corazón me da un vuelco. Saben dónde estoy. ¿Ethan trabaja para ellos? ¿Es *uno* de ellos?

Nada de esto tiene sentido, mis pensamientos son un revoltijo, la marca roja de la pantorrilla me arde.

—¿Y Número Cinco? —pregunta el bastardo mog—. Confío en que su formación continúe según lo planeado.

Me tiemblan las manos.

—Está bien —contesta Ethan, ladeando la cabeza un poco—. De hecho, está aquí ahora mismo.

Un gritito escapa de mis labios.

—Te llamo después —dice Ethan, y da unos toques en el teclado. El mog desaparece.

Yo también.

Tengo que salir de esta casa. Sea lo que sea que esté sucediendo, mi tapadera ha desaparecido y no puedo darme el lujo de quedarme y tratar de entender las cosas. Me lanzo hacia la puerta principal, pero está cerrada con llave. Mi tarjeta de acceso está arriba, pero tengo la sospecha de que no serviría de nada.

Me dirijo a la puerta de atrás, la corrediza que se abre hacia el patio y que nunca está bloqueada, pero no cede, tomo una silla cercana y golpeo el cristal. Debería bastar para quebrarlo, pero la silla simplemente rebota. Esta casa de repente parece una gran prisión.

—A prueba de balas —explica Ethan detrás de mí.

Me doy vuelta y levanto los puños, dispuesto a darle un puñetazo o a usar mi telequinesis contra él, pero él solo se queda ahí desarmado, con las manos al frente y las mangas de la camisa blanca arremangadas hasta los codos.

—¡Explícate! —le grito con una furia que ni siquiera sabía que tenía dentro. Me tengo en pie con pura adrenalina.

—Mira, no hay razón para que luchemos, no quiero hacerlo, los dos sabemos que ni siquiera sería competencia para ti si... —Da un paso adelante y lo hago retroceder de un golpe; lo lanzo sobre un sofá gris en la sala de estar y se estrella contra una mesa de café de cristal.

Cuando levanta la vista, parece extrañamente contento.

—Me lo merecía.

—Explícate —le digo de nuevo, no tan fuerte, pero con más intensidad.

«¿Qué ha hecho? ¿Qué he hecho?»

Ethan se levanta lentamente, se sienta en el borde del sofá y se saca un pedazo de vidrio de la palma con una sutil mueca de dolor.

—Está bien —dice—. Vamos a ser honestos de una buena vez.

Asiento.

Toma una respiración profunda y luego empieza a hablar.

—No soy ni un ladrón, ni un criminal mujeriego, ni nada por el estilo. No en un principio, por lo menos, fue solo un personaje que crearon para mí. Tenemos tantos vínculos con la gente que dirige esta ciudad, tanto criminales como políticos, que fue fácil que me plantaran aquí.

—¿Cómo me *encontraste* siquiera? —Es todo lo que puedo balbucear.

—Volaste hasta una playa el año pasado, ese tipo de cosas se notan. Tal vez no lo noten los medios de comunicación ni la policía, pero la gente habla, y estábamos escuchando.

—¿Quién eres? No pareces un mog.

—¿Sabes acerca de los anfitriones?

Esa palabra me trae recuerdos de Rey hablando. Una imagen de nosotros en Canadá destella en mi mente: yo metido en la cama y mi *cêpan* contándome de nuestro escape de Lorien. Ethan solo sigue hablando.

—Los anfitriones eran humanos que recibieron a los *cêpan* cuando llegaron a la Tierra. Ayudaron a la garde a hacer su transición a la vida de aquí y ese tipo de cosas.

«Garde, *cêpan*». Es tan extraño escuchar estas palabras de la boca de Ethan, palabras que he mantenido en secreto durante tanto tiempo.

—Correcto —le digo—. Entonces, ¿qué tiene eso que ver contigo?

—Se suponía que debía ser uno de ellos.

—¿Eres un anfitrión?

—Era parte del grupo que un hombre llamado Malcolm. . . ¿Sabes qué? Esa parte no importa, lo que importa es que predije el futuro. Conozco el poder, reconozco el potencial cuando lo veo, esa parte de mí es real. Me di cuenta de que no había manera de que una escuadra de niños lorienses pudiera lograr hacer frente a los mogadorianos. Así que cuando los mogs vinieron a la Tierra a buscarlos, llegué a un acuerdo con ellos. A cambio de mis servicios, yo estaría a salvo. El futuro de la Tierra pertenece a los mogadorianos y cuando se apoderen de ella, recordarán que yo fui el que les ayudó. —Se desploma un poco y cuando habla de nuevo, es más para sí mismo que para mí—. Elegí bien, porque los anfitriones no han tenido una gran vida desde entonces.

—Me vendiste para salvarte —digo en voz baja, retrocediendo contra la puerta. Miro hacia fuera. De repente me doy cuenta de lo que esto significa—. Ya están aquí para matarme, ¿cierto?

—Eh, eh —dice Ethan, levantando las manos una vez más, una de ellas ensangrentada debido al cristal—. Estás malinterpretando todo. Mi ayuda no consiste en entregarte para que puedan matarte. No quieren hacerte daño. Les estoy ayudando al entrenarte, porque vas a gobernar aquí, Cody. Los mogadorianos quieren que reines junto a ellos.

Abro la boca.

—¿Qué? —pregunto como un tonto, pero es la única palabra que puedo convocar en estos momentos.

—La garde está acabada —dice Ethan—. Apareció otra cicatriz, ¿verdad? Eso deja solo a seis de ustedes. Los mogadorianos tienen un ejército, demonios, tienen *mundos* enteros a su disposición. ¿De verdad crees que Lorien plantea alguna amenaza? ¿Que la *Tierra* podría detenerlos?

No contesto, solo me quedo ahí tratando de ponerle algún sentido a todo lo que está pasando.

—¿Por qué yo?

—Tienen a otros. Número Nueve está bajo custodia en estos momentos, pero no es material para el liderazgo. Lo sé porque ya lo he conocido. Tú eres el que tiene lo que se necesita: poder y hambre. Todo esto, esta casa, el personal, yo como tu mentor, todo se estableció para ti, para volverte más fuerte.

—¿Tienen a Nueve? —Mi mente va a mil por hora. Durante tanto tiempo la garde ha sido solo historias y cicatrices, que es casi aterrador escuchar que Ethan ha conocido a uno de ellos.

—Oh, sí —contesta Ethan—. Pero no te agradaría; es arrogante y engreído, un niño bonito. ¿Y sabes donde vivían él y su cêpan mientras tú robabas billeteras en la playa para sobrevivir? En un apartamento gigante en Chicago. Vivían una vida de lujo, la vida que deberías haber tenido y que afortunadamente has tenido desde que estás a mi cuidado.

El último año de mi vida ha sido una mentira; no me extraña que no haya sentido que me estuvieran cazando mientras estaba en Miami. He estado a su cuidado todo el tiempo.

—Pero... —Lucho por buscar las palabras—. Rey... mi destino...

—Tu destino es el que tú creas —me interrumpe Ethan mientras acaricia algo en el bolsillo del pantalón y escucho un chasquido metálico en la puerta detrás de mí—. Eres libre de irte si quieres, pero piensa en lo que significaría. Tres han caído, el resto caerá tarde o temprano. Puedes morir con ellos, por una lucha que heredaste, una lucha a la que te obligaron a pelear, o puedes vivir como un rey. Los mogs te darán la Tierra, te darán todo lo que desees. Te criaron para pensar en ellos como el enemigo, pero eso es solo porque es lo único que conocías, una forma extraña de lavado de cerebro; pero trata de poner las cosas en perspectiva. Los mogs no son tu enemigo, son tu única posibilidad de supervivencia.

«No».

Antes de Ethan pueda decir algo más, uso mi telequinesis para empujar la puerta y surco el cielo. Me preocupo por un momento de que algo me pueda derribar, de que haya pistolas o láseres ocultos en los árboles alrededor del complejo, pero nada me detiene.

Vuelo sobre el agua, lo suficientemente bajo como para que nadie pueda verme. La garde, Ethan, los mogs. Mi mente es un lío y no puedo pensar con claridad. Tampoco ayuda el hecho de estar rodeado de nada más que de océano ahora, lo que me trae recuerdos del pequeño velero de Rey y de estar perdido en el mar, hacia una muerte inminente.

«¿Cómo es posible que todo lo que he hecho haya sido tan malo?»

Vuelo de regreso al continente, a kilómetros y kilómetros de distancia de la casa de Ethan para intentar calmarme y pensar racionalmente. Aterrizo en la parte superior del edificio más alto del centro de Miami, y me poso en el borde del techo. Allí me siento para intentar darle sentido a todo.

Todo en mi vida después de estrellarme al aterrizar en la playa puede haber sido arreglado por los mogs. Bueno, no todo. Habría hecho falta cierto tiempo para que los rumores sobre mí se extendieran. Probablemente todo después de conocer de Ethan en la playa ha sido una puesta en escena, pero las cosas antes de eso podrían no haberlo sido.

Emma, por ejemplo ¿Sabía de mí? ¿Era parte del plan para ponerme en la mira de Ethan desde el principio? Por alguna razón, las respuestas a estas preguntas me atoran el cerebro. Cuando me dijo monstruo ¿fue porque realmente pensaba que lo era, o porque le dijeron que lo hiciera?

Saco la bolita de goma roja del bolsillo y me la paso por los nudillos. Es el único pedacito de mi pasado que me queda. Eso y...

«Mierda».

Mi cofre loriense está en mi habitación en casa de Ethan. Obviamente lo olvidé, soy un idiota. Rey estaría furioso si estuviera vivo, si supiera que lo he olvidado tal como en su falso ataque mog allá en la isla.

Pero Rey no está aquí y ni siquiera fue un mogadoriano quien lo mató; fue este planeta o su propio cuerpo.

Rey no está aquí, nadie lo está, solo quedo yo.

Estoy solo otra vez.

Mis pensamientos vagan hacia los demás garde. Los mogs tienen a Nueve, lo que significa que solo quedamos cinco vivos y libres. Cinco de nosotros contra el mundo, contra *varios* mundos. Me pregunto si Ethan podría tener razón. Tal vez el plan de última hora de Lorien de encantar un manojo de niños y enviarlos a otro planeta nunca tuvo esperanzas de éxito. Ni siquiera llegaron a preguntarnos si era lo que queríamos hacer, nadie nos preguntó si queríamos ser los elegidos.

De repente recuerdo una película que Emma y yo vimos juntos antes de que todo se fuera al infierno, una película de terror con la que nos reímos de principio a fin. Había una isla habitada por un culto y un hombre quedó varado allí. Él y la audiencia sabíamos que los de la secta estaban locos, pero ellos no. Al haber sido parte del culto durante toda su vida, no podían ver que ellos eran los chicos malos.

¿Era esa mi historia también?

Ojalá Rey estuviera aquí para darle sentido a las cosas, pero hasta él está desapareciendo de mi memoria. Lo único que recuerdo vívidamente son sus reglas, su decepción y su entrenamiento fallido. También sus últimas palabras: «Haz lo que sea para sobrevivir».

Me quedo en el techo toda la noche. Por la mañana, todavía no sé cuál debería ser mi próximo movimiento e incluso aunque lo supiera, no debería hacerlo, ya que probablemente esté siendo observado. Voy a la playa, al lugar donde conocí a Emma y encuentro aquel puesto de arepas donde compré los bocadillos. Al propietario le toma algunos momentos reconocermé con estos kilos de más y el pelo tan corto.

Cuando por fin lo logra, me mira asustado.

—¿Ha visto a Emma por aquí? —le pregunto.

Niega suavemente con la cabeza.

—Se ha ido.

—¿Qué quiere decir con que se ha ido? —le pregunto, con el corazón acelerado. Si los mogs la mataron...

—Su familia se mudó hace unos meses. Su hermano estuvo en el hospital algún tiempo, pero cuando por fin salió, pusieron pies en polvorosa. Querían empezar de nuevo en otro lugar.

Su rostro se va poniendo pálido. Al principio creo que los mogs han aparecido detrás de mí o algo así, pero luego me doy cuenta de que es por mi causa. Emma debe haberle contado lo que vio, o tal vez los otros locales le hablaron sobre el tipo de fenómeno que soy.

El hombre se cruza la mano por la cabeza y luego por el pecho. Sigue hablando, pero yo me alejo.

Vago sin rumbo, con frustración creciente en mi interior. Otros cuatro garde están libres, pero escondidos. Probablemente viven en apartamentos o en áticos como Nueve. Aquí estoy yo, solo otra vez, olvidado, teniendo que empezar de nuevo. Algo caliente hierve dentro de mí. Le doy un puñetazo a la pared de ladrillo de una tienda a mi lado, entonces, algo extraño comienza a suceder.

Mi cuerpo cambia, puedo sentir la rigidez y la sensación de pesadez. La piel se me seca y se ve frágil.

Me alejo unos pasos de la pared y me dirijo hacia una señal de «pare» en la calle, y envuelvo los dedos a su alrededor para mantener el equilibrio; la cabeza me da vueltas, y aprieto. El metal se arruga bajo mi tacto y entonces mi piel cambia de nuevo y adquiere un brillo plateado. Mi pulso se acelera. Me apoyo contra el vidrio de una tienda y cambio una vez más. Levanto una mano y puedo ver a través de ella.

«Cristal». Me he convertido en cristal.

Al principio creo que me estoy muriendo, tal vez me han envenenado de alguna manera, pero con cada paso que doy y cada material diferente que mis dedos rozan, se hace más evidente lo que está pasando.

Me estoy convirtiendo en las cosas que toco.

Me tiemblan las manos, abro más los ojos y se me resecan. Es todo lo que puedo hacer para mantener la respiración a un ritmo normal.

Es temprano en la mañana, y no hay mucha gente alrededor, pero eso va a cambiar pronto y habrá multitudes en todas partes. Sea lo que sea que me esté pasando, no puedo quedarme a la intemperie. Tengo que llegar a un lugar seguro para refugiarme, no quiero estar solo.

Solo hay una persona que conozco que me puede ayudar, de hecho, solo conozco a una persona, punto.

De alguna manera me las arreglo para convertirme en un ser humano de carne y hueso otra vez, y entonces estoy en el aire, volando más rápido de lo que nunca he volado antes y lanzo la precaución al viento mientras atravieso la ciudad.

Cuando me estrello en la playa en la parte trasera de la propiedad de Ethan, una de las sirvientas me ve y corre adentro. Trato ponerme de pie en la arena, pero de repente me hundo. No, no me hundo, me estoy cayendo a pedazos mientras mis piernas se desintegran, se rompen y convierten en trocitos de tierra.

Me estoy convirtiendo en uno con la playa.

Grito cuando me derrumbo.

«¿Qué me pasa?» me pregunto frenéticamente y luego aparece un pensamiento más apremiante: «Moriré como una pila de arena».

—¡Cody! —grita alguien. Es Ethan, la sirvienta debe haberlo encontrado.

Mi torso está desmoronándose ahora. Trato de gritarle a Ethan, pero lo único que se escapa de mi garganta son silbidos secos. Estiro un brazo hacia adelante, pero ya está empezando a romperse. Él corre directamente hacia mí y me toma la mano lo mejor que puede, pero la mitad se desliza entre sus dedos. Una parte de mí toca su reloj y empiezo a solidificarme otra vez; esta vez tomo un brillo dorado y metálico. El resto de mi cuerpo sigue su ejemplo.

Hiperventilo. Mi corazón palpita en mi pecho, y juro por un momento que suena como metal, que resuena contra mi caja torácica, lo que hace que me asuste aún más y no pueda recuperar el aliento.

—Cálmate —dice Ethan—. Esto es... —Se esfuerza por encontrar la palabra adecuada—. Supongo que estás desarrollando nuevos poderes o algo así.

«¿Cálmate?» ¿Está bromeando?

—Respira, Cody —me dice.

Casi grito «¡Sabes que ese *no* es mi nombre!», pero me detengo.

La sirvienta reaparece y le entrega a Ethan un bolsito negro. Él le dice algo que no escucho mientras sigo con el ataque de pánico superior a todos los ataques de pánico. Ethan saca un frasquito con algo de la bolsa, lo parte en dos y lo sostiene cerca de mi cara.

—¿Qué...? —empiezo.

—Algo para ayudar a relajarte —me explica.

Una especie de humo blanco sale del vial y empiezo a sentirme liviano y mareado.

—Funciona —dice Ethan. Me toma de la mano para ayudarme a ponerme de pie y no sé si es el humo extraño o tocar carne humana de verdad, pero de repente soy yo otra vez, de carne y hueso, y no esa especie de robot de oro.

Antes de darme cuenta, me resulta difícil pensar en cualquier cosa, incluso *sentir*, y todo se vuelve negro.



Cuando despierto, espero estar amarrado o encerrado, pero simplemente estoy tumbado sobre el cubrecama. La ventana sigue abierta. Mi morral de lona está en la cama a mi lado y mi cofre loriense sigue dentro. Ethan está sentado en una silla a los pies de la cama.

—Buenas tardes —me saluda. Hay vacilación en su voz, como si no estuviera seguro de cómo actuar o de cómo voy a hacerlo *yo*.

Echo un vistazo alrededor y paso un brazo por los tirantes del morral.

—¿Qué me diste? —le pregunto, pensando de nuevo en el extraño humo blanco.

—Nada perjudicial —responde Ethan—. Solo un poco de tranquilizante. Tenía miedo de que te fueras a lastimar si no dejabas de cambiar.

El corazón me empieza a latir furioso cuando recuerdo la sensación de desmoronarme en la playa.

—No —dice Ethan con su voz más autoritaria—. Cálmate, respira profundamente. No quieres empezar a cambiar de nuevo.

Asiento y trato de concentrarme en tomar respiraciones largas y lentas. Todavía queda un entumecimiento residual de cualquiera que fuera la droga que me dio. Me siento alerta y concentrado, pero relajado.

Ethan frunce el ceño. O está genuinamente preocupado por mí o es un gran actor. No estoy seguro de nada llegado este punto. Baja las manos a los costados.

—Estoy seguro de que tienes un montón de preguntas —dice—. Solo estamos tú y yo.

—Como si fuera a creerte.

—Para ellos es importante que vengas por voluntad propia. Tiene sentido. Los mogadorianos no quieren a alguien obligado a gobernar, quieren a alguien que *quiera* ser parte de su causa.

—¿Libre albedrío? —murmuro—. ¿Así llamas a todas las mentiras que me has dicho?

Ethan pone mala cara.

Agarro los tirantes del morral de lona. Podría salir por la ventana en un instante si tuviera que hacerlo, pero una enorme parte de mí quiere hablar con Ethan de verdad, averiguar por qué ha hecho todo esto, que me responda todas las preguntas que brotan en mi interior.

—¿Emma fue parte de esto?

—Emma —repite Ethan con el ceño fruncido—. No, no sabía nada. Los hombres que te atacaron en el almacén eran contratados, pero, sinceramente, no tenía idea de que su hermano sería uno de ellos. No eran más que lacayos. Creo que su familia se ha mudado a Tampa desde que estás aquí. Aún los controlamos; podría hacer que la traigan si así lo deseas.

—No —le digo. Todo eso significa que su odio al decirme monstruo era real. No era mi amiga en realidad.

Me pregunto si así reaccionan todos los seres humanos a los legados y súper poderes como los míos.

—Encontraste a Emma por las tuyas. Todo lo que hice fue darte un codazo. Diablos, todo lo que hice fue aparecer en la playa y darte una oportunidad. Tú viniste a nosotros, simplemente no sabías quiénes éramos. —Se inclina un poco—. Piensa en ello: los lorienses nunca te dieron la opción que te estamos dando, solo te hechizaron y luego te despacharon, te dijeron lo que debías ser. Todo lo que te estoy ofreciendo es otro camino, uno mejor.

—¿Qué ocurrirá con los demás garde?

Se encoge de hombros.

—Tal vez también entren en razón.

—¿Y si me voy?

—No voy a detenerte —dice Ethan, mirándome con mucha seriedad—. Lo último que quiero es que salgas herido, pero una vez que te vayas, ya no podré protegerte. Si rechazas esta oferta, te conviertes en el enemigo, no estarás seguro ni siquiera aquí. Puede que ya lo hayas adivinado, pero esta no es mi casa. Los mogadorianos lo arreglaron todo.

—Si me voy, significará que has fallado tu misión ¿no es así? —le pregunto.

Ethan asiente y sé lo que ello significa. He escuchado suficientes historias sobre la crueldad de los mogs para darme cuenta de que no toleran los fallos. Si me voy, Ethan probablemente es hombre muerto. Lo miro, todo ha sucedido tan rápido, todo ha *cambiado* con tanta rapidez.

—Te conozco, Cinco —dice Ethan—. Sé lo bien que te hace sentir el estar en control y ser respetado. Podrás sentir lo mismo y para siempre cuando estés gobernando con los mogs. He visto su poder, es increíble y quieren que seas parte de ello, quieren que estés de su lado, que seas *uno* de ellos.

—«Todo lo que hay ahí afuera puede ser tuyo» —digo, citando el lema favorito de Ethan.

—Todo —concuerta.

Cierro los ojos.

Todo es demasiado para procesarlo, pero lo que Ethan dice tiene sentido, al menos la mayor parte. Los ancianos me dejaron con un anciano moribundo para protegerme. Los mogs me engrandecieron y me dieron todo lo que quería, me *refinaron*. Han sido *ellos* los que me han mostrado el mayor respeto en la vida, son ellos los que me pueden mantener con vida.

Pienso en los demás garde. Probablemente han tenido vidas fáciles, con sus cêpan competentes y hogares en ciudades. Es probable que algún día en el futuro me miren y me digan que los he traicionado, pero, ¿quién sabe? Tal vez entren en razón. Si pudiera hablar con ellos, tal vez empezaran a ver las cosas de manera diferente. ¿Por qué debemos ser cazados como animales cuando podríamos ser gobernantes? Los seres humanos no tienen poderes como los nuestros. Ellos piensan que somos monstruos, pero juntos podríamos demostrarles lo que somos realmente.

—Está bien —le digo con lentitud—. ¿Qué hacemos ahora?

El alivio cruza por la cara de Ethan, y su sonrisa estalla de nuevo, la sonrisa que conozco tan bien a estas alturas.

—Voy a avisarles —dice—. Recoge tus cosas; quieren hablar contigo tan pronto como sea posible.

Asiento, y me dirijo a las escaleras.

—Oye. —Ethan se vuelve hacia mí antes de salir—. Estoy orgulloso de ti. Estás haciendo lo correcto, lo más *inteligente*; esa es la prueba más grande de todas.

Me muevo como si estuviera en un sueño, es como si alguien más estuviera controlando mis funciones corporales. Me pregunto brevemente si estoy en estado de shock, eso es lo que siempre dicen en la televisión cuando alguien ha pasado por algo loco como esto.

—Nos vamos al norte —me grita Ethan desde las escaleras—. Lleva un abrigo.

Saco algo de ropa para clima frío de la parte posterior de mi armario, ropa que Ethan me compró hace un tiempo y que nunca había tenido razones para usar. Entonces me dirijo a la puerta.

Hago una pausa y luego me devuelvo. Cojo mi morral de lona, saco mi cofre loriense y lo pongo sobre la cama. Todas esas cosas inútiles siguen ahí, paso los dedos por los artículos antes de tomar la espada oculta.

«Puede ser inteligente tenerla a mano, por si acaso nos metemos en problemas.»

Me deslizo el brazal sobre la mano y la muñeca, y luego me pongo un guante encima.

«Solo en caso de que nos metamos en problemas».

Escucho un ruido cortante de afuera de mi ventana. Miro y veo un helicóptero negro que aterriza en el extenso patio de la casa.

CAPÍTULO

DIEZ

Traducido por Andrés_1987

Corregido por Pamee

Volamos en helicóptero por lo que parece un largo tiempo. El helicóptero es pequeño, pero rápido. No sé quién es el piloto y tampoco pregunto; todo lo que sé es que tenemos que usar unos auriculares grandes con eliminador de ruido y radios integradas. Es la única manera en que los tres (Ethan, el piloto y yo) podamos comunicarnos, pero ninguno de nosotros habla, lo que no me molesta; estoy demasiado ocupado tratando de mantener la calma, centrándome en el césped y los caminos que vuelan por debajo de mí. Finjo que los coches y los camiones son juguetes.

Ethan sigue sonriendo como si hubiera acabado de ganar la lotería. Me imagino que los mogs lo recompensarán de alguna manera por ayudarlos a reclutarme. Comienzo a desmenuzar todo lo que ha dicho y hecho en el pasado año, pero tengo que detenerme. Cada vez que lo hago, empiezo a dudar de mí mismo.

Así que en vez de pensar me quedo mirando las nubes, las ciudades y los pastos que ondean por debajo de nosotros, tratando de endurecerme para lo que se avecina. Tomo respiraciones profundas y mantengo las manos unidas para intentar no enloquecer por el hecho de dirigirme al cuartel central de los mogs.

Por alguna razón, creo que me van a llevar a algún tipo de nave alienígena o incluso a una vieja mansión gótica, pero aterrizamos en un edificio grande de apariencia estéril. Sigue oscuro afuera, pero por lo que puedo ver, el lugar parece una gran oficina, para nada parecido a los cuarteles centrales que hubiera esperado de los mogs.

Unos hombres de traje negro nos reciben en las puertas delanteras. Parecen suficientemente humanos y asienten, casi inclinándose ante mí en señal de reverencia cuando nos acercamos. Trato de evitar que mi cuerpo tiemble, lo que me toma un montón de esfuerzo. Todo es nuevo, diferente y aterrador y por unos momentos pasajeros, todo lo que quiero es estar sentado en la playa de mi isleta, a pesar de que a estas alturas probablemente no podría ni siquiera encontrarla aunque lo intentara.

—Bienvenido, señor —saludan los hombres.

En el interior, nos llevan más allá de una recepción y nos pasan por seguridad. Noto un cartel en una pared mientras pasamos: Oficina Federal de Investigaciones.

«FBI».

—¿Es una instalación del gobierno? —le susurro a Ethan.

—Te lo dije, tienen ojos por todos lados y recursos en todas partes —contesta Ethan y me guiña un ojo.

Aunque es un hecho impresionante, es a la vez inquietante. Estoy empezando a ver lo inútil que era toda aquella clandestinidad.

Seguimos serpenteando en silencio por unos cuantos pasillos y bajamos por una serie de escaleras hacia lo que debe ser un nivel subterráneo. Por último, llegamos a dos puertas juntas.

—Usted entra aquí —dice uno de los hombres, y me indica la primera puerta con un gesto. Luego se dirige a Ethan—. Usted en la otra.

—Espere —le digo, dando un paso adelante. No pueden separarnos, no quiero estar solo aquí. Empiezo a entrar en pánico y siento que mi piel empieza a cambiar y adquiriere las propiedades de las manijas de mi morral de lona, todo cuero liso—. ¿Por qué no podemos...?

—Está bien —me corta Ethan con la voz más suave que puede utilizar. Funciona, porque empiezo a calmarme—. Solo quieren hablar contigo, probablemente es información clasificada o algo por el estilo. Está bien, eres su VIP. No te preocupes.

Asiento de mala gana. Ethan desaparece en su habitación designada y yo me quedo en el pasillo por unos segundos antes de que uno de los hombres se aclare la garganta. Le disparo una mirada molesta y luego entro.

Es el tipo de habitación que reconozco después de ver demasiadas series de crimen en el cable durante el último año. Está vacía excepto por una luz oscilante, unas cuantas sillas y un gran escritorio de metal en el centro de la habitación que al parecer podría funcionar como mesa de operaciones.

Una sala de interrogatorios. Trago saliva.

—Por favor, tome asiento —dice alguien.

Me giro y veo en la esquina al mogadoriano con el que Ethan hablaba anoche por videoconferencia. Su brillante pelo oscuro refleja la luz oscilante y sus negros ojos destellan. Los labios apenas le cubren los grises dientes. Debe medir por lo menos dos metros de altura.

—Hemos estado esperándole, Cinco —dice con voz profunda mientras se desliza hacia una de las sillas. Vacilo, pero luego tomo asiento. El mog se sienta frente a mí.

«Estoy sentado frente a un mogadoriano».

De repente, todo lo que puedo recordar son las historias que Rey me contaba mientras crecía: de cómo nos invadieron los mogs y de todos los horrores que trajeron consigo a nuestro planeta. Uno pensaría que eran monstruos y, aunque este tipo es sin

duda escalofriante e intimidante, no se ve tan diferente a mí. Considerando todo eso, me sigue siendo difícil dejar de tamborilear los dedos sobre la mesa. Retiro las manos y cruzo los brazos. Es entonces cuando siento el guante loriense y su daga oculta.

Rey siempre me dijo que si me atrapaban me torturarían. Si todo este montaje fue para atraparme y torturarme, ¿seré lo suficientemente rápido para que la daga me ayude a escapar, ya sea acabando con los mogs o conmigo mismo?

—Estamos muy contentos con su decisión de unirse a nosotros, joven loriense —dice el mog.

—No tengo mucha opción si deseo vivir —replico.

—Un muchacho inteligente, siempre supe que teníamos razón en la depositar nuestras apuestas en usted. Si tan solo más de su especie hubieran sido capaces de ver el verdadero alcance de nuestro poder y la inevitabilidad del dominio mogadoriano, podríamos habernos ahorrado muchas bajas.

—¿Han estado en contacto con los demás? —le pregunto.

—De cierta manera.

—¿Cuál es su plan? ¿Van a ir tras Cuatro después?

—Basados en el hechizo que los protege a todos ustedes, eso tendría sentido —concuerta el mog sonriendo ampliamente, y deja al descubierto sus horrendos dientes una vez más—. Por supuesto, es posible que el hechizo tenga sus límites. ¿Cuántas veces cree usted que funcione antes de que finalmente se rompa? Tenemos tantos soldados y exploradores dispuestos a probar la longevidad del hechizo, felices de morir a fin de asegurar nuestro futuro.

«Va a tratar de matarme», pienso.

En un instante, me saco un guante y pongo la mano sobre la mesa como por instinto. No he entrenado con mi nuevo poder, pero correré el riesgo. Efectivamente, mi piel se vuelve plateada al absorber las propiedades del metal. Debería comprarme algo de tiempo al menos si me ataca.

El mog se ríe un poco.

—Oh, no se preocupe, tenemos a otros para probar nuestros planes. ¿No le resulta obvio ahora que tenemos un futuro mucho más brillante preparado para usted?

—¿Tienen a otros garde aquí?

Recuerdo que Ethan mencionó que habían capturado a Nueve. La idea de encontrarme con otro de mi especie hace que mi pulso se acelere. Pero no quiero hacerlo, ahora no, por lo menos. No sería capaz de hacer frente a uno de ellos como alguien que los ha traicionado. No hasta que esté más fuerte, hasta que tenga la mente despejada y realmente pueda hacerles entrar algo en razón.

—A su debido tiempo, aprenderá de todas las formas en que hemos asegurado nuestro éxito en el exterminio de la garde. Pero no podemos ir por ahí contando todos nuestros secretos ahora, ¿no es así? No si estuviera pensando en traicionarnos e informarles. Debe demostrarnos su lealtad antes de que podamos continuar.

Vuelvo a dudar y me concentro en mi respiración, en calmarme. Mi cuerpo regresa a la normalidad, y yo pongo las manos sobre la mesa delante de mí.

—Una habilidad útil —comenta el mog—. Ethan no lo había mencionado en sus informes.

—Es nueva —le explico—. Muy nueva.

Él solo asiente con la cabeza.

—Le podemos ayudar con ella, con todas sus habilidades. En el momento en que complete nuestro entrenamiento, será uno de los elementos más poderosos de nuestras filas. Ningún lugar de este planeta será digno de su reinado.

Algo despierta en mí, el recuerdo de un lugar. Un destino al que nunca llegué.

—Canadá —le digo.

—¿Perdón?

—Canadá, quisiera gobernar sobre Canadá.

El mog parece confundido por un momento, y luego sonrío.

—¿Qué hay de toda América del Norte? Para empezar. —Asiento con la cabeza. No sé de qué otra manera responder cuando se me ofrece un continente.

—Pero, en primer lugar, su lealtad —continúa—. Este es el tipo de acuerdo que normalmente se firma con sangre.

«¿Sangre?»

—¿Qué quiere que haga?

El mog vuelve la cabeza y asiente hacia la habitación de Ethan.

—Nos ha servido bien.

—¿Qué?—le pregunto. «¿Ethan?» Se me revuelve el estómago. No creo que diga lo que creo que quiere decir, que quiere que mate a la única persona que tengo en el mundo—. Pero ustedes hicieron un trato con Ethan.

Mi voz amenaza con quebrarse. Continúo casi suplicante, pero el mog solo deja escapar lo que podría ser una risa, pero suena más como asfixia.

—No, no, querido muchacho. No le estamos pidiendo que le haga daño a Ethan. Ese humano nos ha servido muy bien y honramos nuestros acuerdos, simplemente señalo hacia Ethan porque él pasó algunas de las pruebas que usted tendrá que pasar en el futuro para demostrar sus intenciones hacia nosotros. Su lealtad hacia él es digna de elogio, pero vamos a tener que endurecer su determinación.

Exhalo con fuerza. El mog deja una carpeta sobre la mesa.

—Tendrá que efectuar un sacrificio para nosotros. No inmediatamente, sino una vez que esté listo. Cuando le hayamos entrenado y le hayamos ayudado a desbloquear su pleno potencial. Hay una foto de su blanco aquí. —Desliza la carpeta sobre la mesa—. ¿Le gustaría ver de quién se trata?

No toco el documento.

—Le estamos ofreciendo el mundo entero, Cinco. Demuéstrenos lealtad, y le haremos un dios en este planeta. Si de verdad desea unirse a nosotros, esta es la forma de demostrarlo. No solo como prueba de su lealtad, sino como prueba de que tiene lo necesario para gobernar en nombre de Mogadore. Hay mucho por venir y no tenemos espacio para los remilgados.

Si no lo hago, me arrojarán a una celda y probablemente me torturarán. Y también a Ethan. Él no me lo dice, pero sé que debe ser verdad.

Por un momento, este escenario parece extrañamente familiar. Mi mente retrocede a nuestra pequeña choza en la isla; a los cerdos resoplando con violencia, casi gritando en el corral; a la serpiente asustada, alzada a medio camino del suelo como un resorte enroscado, lista para atacar; a Rey diciéndome que debo matarla antes de que hiera a alguien, que es la serpiente o nosotros. Simplemente tenía que ser de esa manera.

El recuerdo parece tan lejano, parece haber sido hace tanto.

Simplemente me quedé inmóvil; no quería tener nada que ver con el asunto. Tenía la esperanza de que todo fuera a salir bien de alguna manera, que el peligro se fuera por su cuenta. Pero no es así como funciona el mundo. No sirve de nada que simplemente me quede sentado a esperar a que el peligro llegue a mí. Al menos con los mogs, conoceré el peligro; es más, *yo* seré el peligro.

«Haz lo que sea para sobrevivir», fueron las últimas palabras de Rey.

—Bien —le digo. Mi voz titubea un poco, y trato de normalizarla antes de continuar—. Si eso es lo que se necesita para demostrar mi lealtad.

El mog sonríe.

Me quedo mirando la carpeta. No tengo que abrirla, pero me doy cuenta de que esto, como tantas otras cosas en mi vida, es una prueba.

Para comprobar si tengo las agallas para lo que está por venir, tendré que acostumbrarme a este tipo de cosas, endurecerme. Los mogs no me van a mimar, de eso no tengo ninguna duda. Son despiadados y poderosos y en eso es lo que me voy a convertir.

Respiro profundo y abro la carpeta.

SOBRE EL AUTOR

Pittacus Lore es el más importante de los ancianos que alguna vez gobernaron el planeta Lorien. Ha estado en la Tierra durante los últimos doce años, preparándose para la guerra que decidirá el futuro de este planeta. Su paradero es un misterio.



AGRADECIMIENTOS

© Traductora a cargo

≈ Pamee

© Traductores

≈ Pamee

≈ Alloonsy

≈ Thalia di Angelo

≈ Andres_1987

© Corrección final y diseño

≈ Pamee

© Agradecimientos especiales a **Rodrigo** de Los Legados de Lorien en Facebook, por ayudarme con la leída final.

